

Acad - II
Sup - 124

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

SR. D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

EL DÍA 23 DE MARZO DE 1930

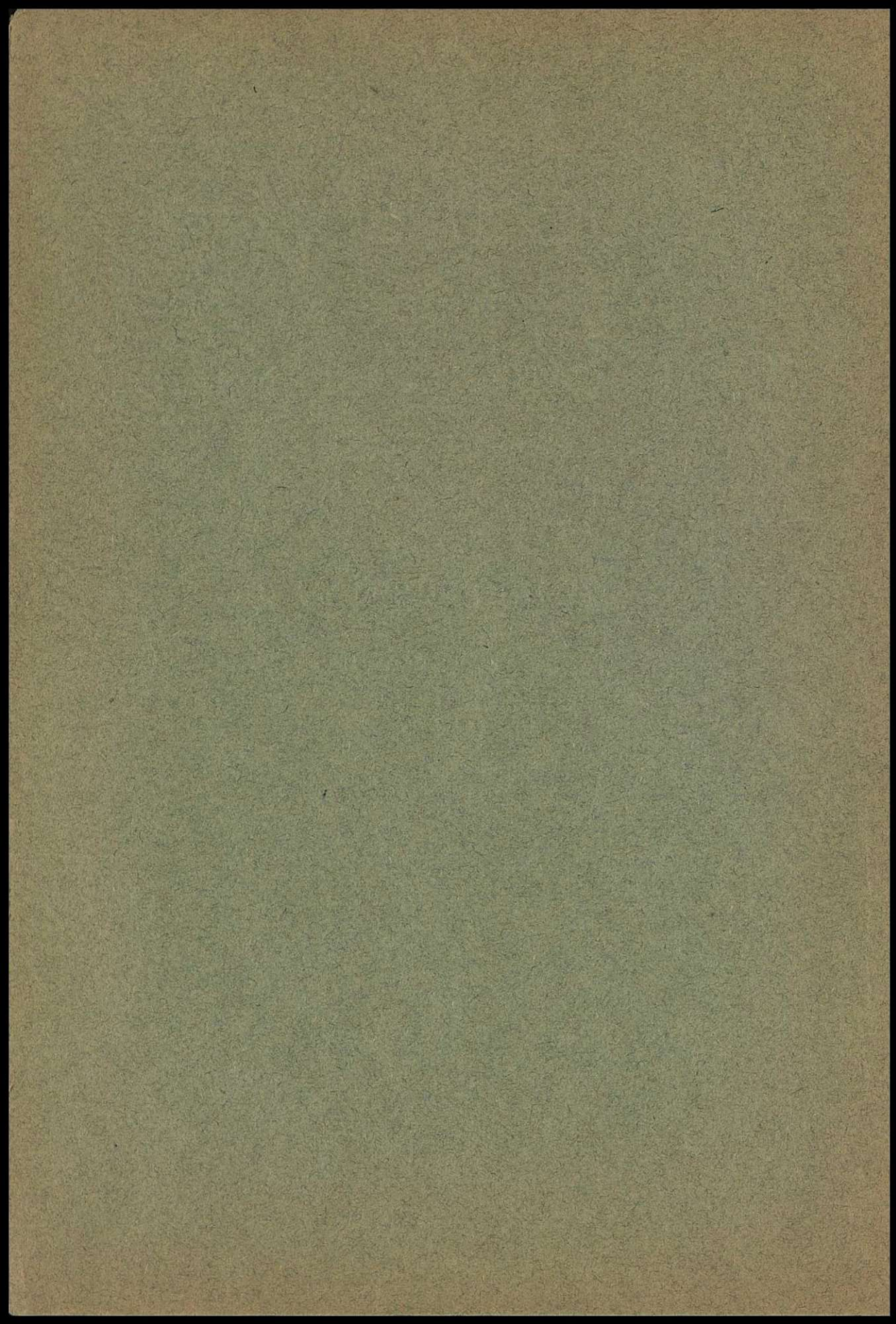


BARCELONA

—
IMPRENTA DE ANGEL ORTEGA

CALLE DE ARIBAU, 7

1980



R. 40709



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

SR. D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

EL DÍA 23 DE MARZO DE 1930

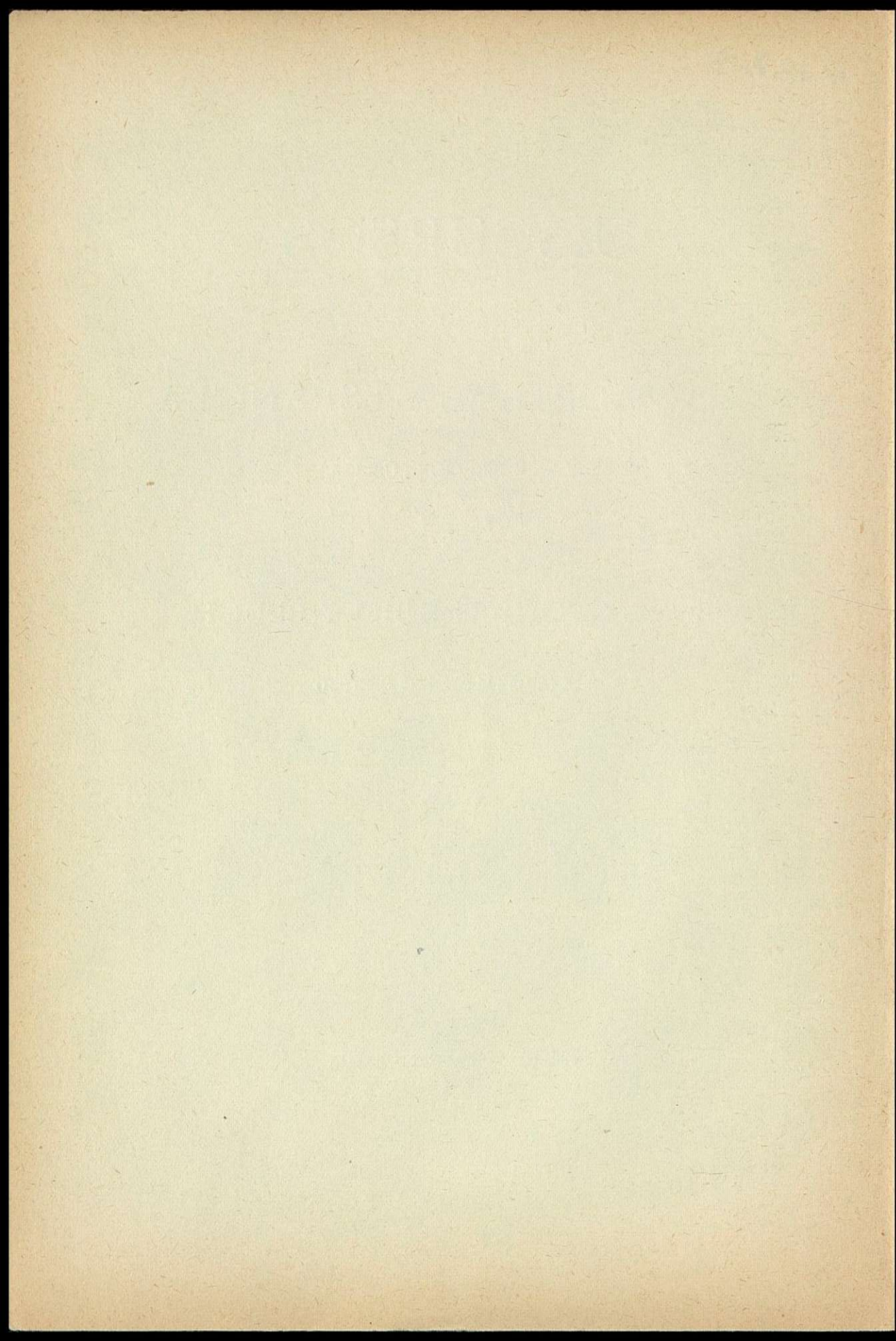


BARCELONA

—
IMPRENTA DE ANGEL ORTEGA

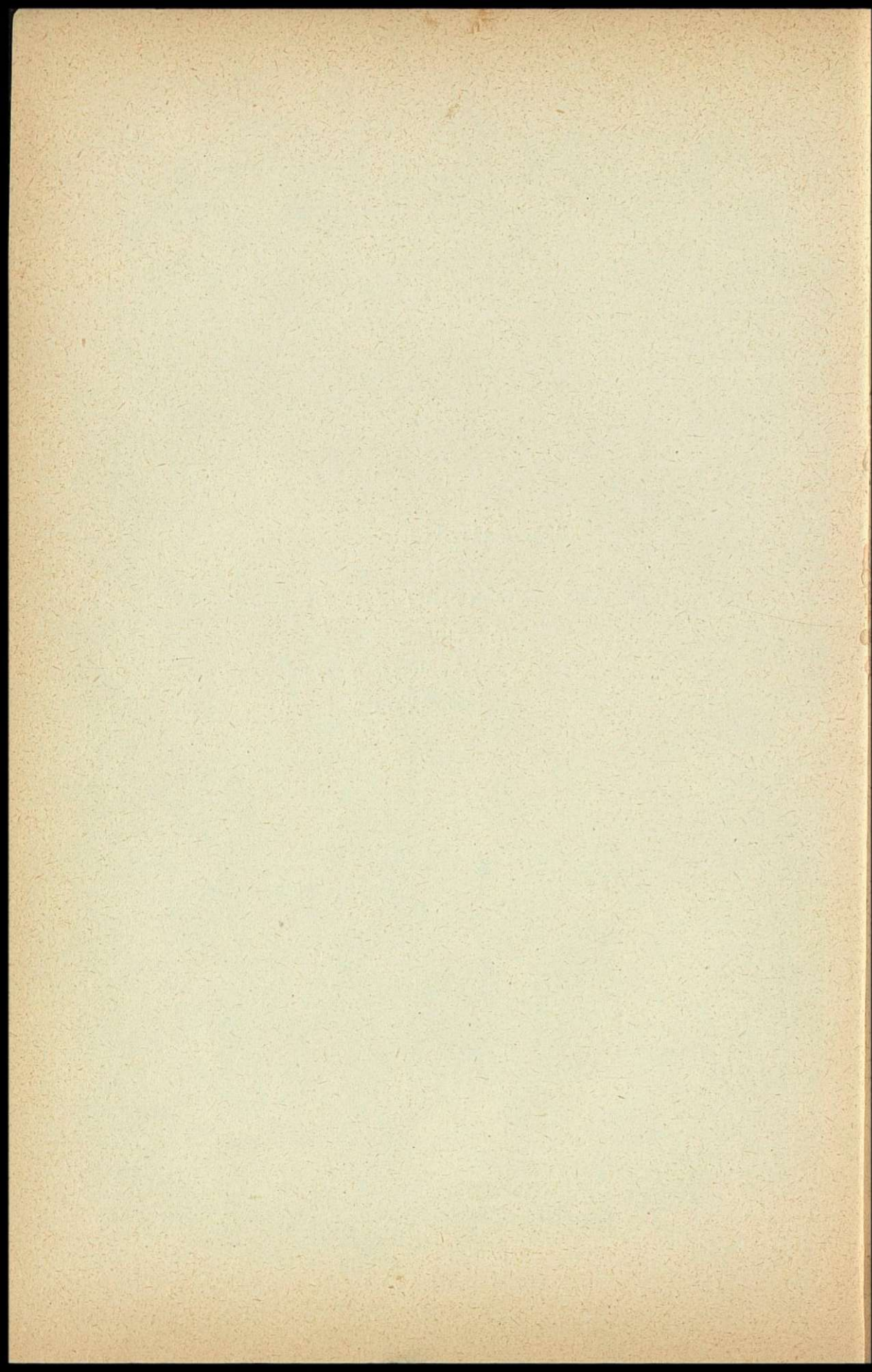
CALLE DE ARIBAU, 7

1930



DISCURSO
DEL
SR. D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

*Del nombre y de la unidad literaria
de la lengua catalana*



Señores Académicos:

Al lado de la gloriosa lengua española, hoy común por origen o por adopción a todas las regiones de la península, y a la cual todas ellas, quien más, quien menos, en el transcurso de los tiempos, han aportado su tributo: al lado de esta lengua, repito, quiso una feliz iniciativa del Gobierno de S. M. que se albergasen en este palacio (como si dijéramos, en su casa señorial y solariega), las demás lenguas regionales, de abolen-go ibérico una, latino las dos restantes, a saber: la vascuence, idioma venerable, que nos sumerge en las más abismáticas profundidades de los siglos; el suavísimo gallego, que se adelantó al castellano, en la Edad Media, en ser instrumento de la lírica, y el catalán, entre todos los regionales el de más fecunda, valiosa y extensa historia literaria. Y por un imperativo categórico de vuestra benevolencia, que no sé cómo agradecer, habéis querido que yo fuera, a vuestro lado, uno de los dos representantes de la lengua de Ausias March y Maragall, sin que yo acierte a ver claramente los motivos de tal distinción; porque yo no he podido jamás inscribir mi modesto nombre, ni entre los que se distinguen por su profundo pensar, ni entre los que escriben con galano estilo, ni entre los que sienten y cantan con alta inspiración. Hace más de un cuarto de siglo que soy vuestro compañero en la clase de académicos correspondientes y quizás esta circunstancia pudo tener alguna parte en mi designación. Pero yo me complazco en creer que la causa potísima de tan inesperado llamamiento, para conferirme la representación regional que ostento, he de buscarla en que os habéis acordado de que soy el hijo de aquel venerable varón que, hace precisamente ahora noventa años, predicó en sus sencillos cantos el evangelio de la restauración de la lengua y de la poesía catalanas. Si realmente así fuera, no podríais haber elegido más delicado tributo para honrar la suave memoria de aquel poeta en

cuyos vergeles sólo cantaron los ruseñores de la fe, de la patria y del amor, ni con mayor recompensa haber movido a más honda gratitud mi corazón filial.

Con la honrosa representación a que antes me refería, y que inmerecidamente, repito, me habéis conferido, me impusisteis *ipso facto*, el deber de hablaros de mi materna lengua, o de su literatura: y así voy a hacerlo, en la medida de mis pobres fuerzas, siguiendo con ello el ejemplo de los doctos académicos regionales que me han precedido.

Después de las vacilaciones naturales en tales casos, me he decidido a elegir como tema de mi discurso el siguiente: del nombre y de la unidad literaria de la lengua catalana. Mas antes de desarrollarlo he de hacer una declaración, y es que este tema, sólo voy a tratarlo desde un punto de vista netamente histórico y literario, porque no soy filólogo, ni gramático. Siempre miré ambas disciplinas con especial interés, pero también con un respeto tal, que me ha impedido (creo que por inadaptación intelectual), el entrar a fondo en su cultivo. El tema por mí elegido, y quizás por otros tratado con más acierto, es de arduo y delicado desempeño, pero de actualidad viva, porque aun en nuestros días, como hemos de ver muy luego, se pone en duda y se discute el nombre genuino y castizo de nuestra lengua y su unidad histórica, literaria, geográfica y filológica. En su exposición me guiará sólo el estímulo de la verdad, voz severa que no puede sonar jamás a ofensa ni a injusticia ni a vanagloria, y procuraré tener siempre a raya mi corazón, para que ni el amor, ni la pasión ofusquen mi inteligencia. Por eso las afirmaciones que puedan parecer más atrevidas o partidistas, no serán jamás mis labios las que las pronuncien, sino autoridades muy altas o que por no ser nacidas en Cataluña, tendrán todas las garantías de la imparcialidad más absoluta.

Sobre este tema no esperéis oír cosas de recóndito saber. La novedad en tal materia, si alguna en mi trabajo existe, será en todo caso la de exponer, hasta cierto punto, en cuerpo de doctrina, y en muy relativa estructuración, datos y noticias esparcidos en muy diversos artículos y libros que no hallaron hasta ahora más hábil ordenador. Tengo que advertir también que el tema que voy a exponer, lo será de un modo parcial y abocetado, con hartas omisiones voluntarias e involuntarias. El estudio completo de la unidad y hasta del nombre de la lengua, me obligaría a recorrer toda la historia de nuestra producción y la de ambas regiones hermanas, y esta no es tarea propia de un discurso sino de una monografía. Mis citas y argumentos los he tomado, al azar, de mis recuerdos y de mis lecturas, y están muy lejos de ser completos y expuestos en un encadenamiento lógico y cronológico. Una observación preliminar me queda todavía por hacer. Aunque el tema abraza dos partes que parecen distintas, el problema onomástico y el problema de la identidad literaria y

lingüística, se presentan tan íntimamente enlazados, que es del todo imposible separarlos, pues la incomprensión del nombre trae también aparejada la inconsciencia de la unidad.

* * *

Comencemos ante todo por afirmar la unidad de nuestra lengua en el nombre y en el orden literario, pero siguiendo el criterio antes expuesto, no será nuestra voz quien la proclame, sino otras más altas e irrecusables. El Real Decreto de 21 de Noviembre de 1927 estableciendo ocho nuevas plazas de académicos numerarios que se hayan distinguido notablemente en el conocimiento de las lenguas españolas distintas de la castellana, crea en su artículo 3, en esta Real Academia tres secciones, denominadas respectivamente de la lengua catalana, y *sus variedades valenciana y mallorquina*; de la lengua gallega y de la lengua vasca. Presidió, pues, a tan oportuna creación, que confunde en fraternal abrazo a todas las lenguas y literatura peninsulares, y les da a todas el dulce nombre de españolas, un austero criterio histórico y científico que está de acuerdo por completo con el de los grandes filólogos españoles y extranjeros. En efecto, el valenciano y el mallorquín son tan sólo *variedades* (con suma delicadeza no emplea el decreto el epíteto de dialecto, al que se le da erróneamente un carácter despectivo), son tan sólo, repito, *variedades de una lengua única* de secular abolengo, cuyo nombre genérico y castizo no es otro que el de lengua catalana.

Parécenos oír resonar en este decreto la voz insinuante de don Juan Valera, cuando escribía en 1890, a propósito de un modesto ensayo nuestro sobre el *Renacimiento clásico en la literatura catalana* estas atinadísimas consideraciones, que hoy son de plena actualidad:

“En la Península ibérica bien puede afirmarse que hay tres lenguas literarias y tres literaturas: la castellana, la portuguesa y la catalana. Acaso hasta terminado el siglo xv las tres lenguas y las tres literaturas rayen tan iguales, que no se sepa a cual dar la preferencia... Pero, digamos sin rebozo la verdad. Dado por innegable que no debe perderse un idioma que ha tenido y tiene grandes escritores, justo es que el catalán, viva, florezca y prospere, pero, por Dios, unifíquenle, y no haya más que un solo idioma literario en Mallorca, en Valencia y en Cataluña.” (1).

A conseguir aspiración tan generosa y tan apetecida por el espíritu cultísimo, sagaz y ecuánime como pocos, del príncipe de nuestros estilistas en el siglo pasado, han tendido siempre los escritores de las tres regiones hermanas, que unió en indisoluble lazo la espada vencedora de

(1) Juan Valera. *Obras completas*. Tomo XXVIII, p. 50 y 51. Madrid, 1911.

Jaime I el Conquistador. Ya tendremos ocasión más adelante de demostrarlo. Pero antes quiero dejar consignado y bien probado, que los problemas de la inconsciencia y de la incomprensión del valer y carácter de la lengua propia, de su tardío y legítimo bautizo onomástico, de su unidad e identidad, de su lenta elaboración y de su hegemonía política, no son hechos que sólo aparezcan en la historia literaria catalana, o sean exclusivos de ella, sino que se dan en otras lenguas y culturas. En todas, aun en las clásicas, se presenta el problema de la lengua, con más o menos agudos caracteres; problema de redención, de valorización o de superación de la lengua nacional.

Lucha por el idioma, le llamaríamos nosotros, que se desarrolla en distintos campos, o es promovida por diversos estímulos e ideas. Unas veces se trata de redimir el vernáculo, considerándolo como instrumento adecuado para la cultura, como sucedió con el combate que en la Edad Media tuvieron que sostener los romances, contra el avasallador monopolio de la alta ciencia por el latín. Otras es el fervor religioso, la necesidad de dar a conocer al pueblo la intuición de Dios, lo que movió a los escritores a emplear el habla vulgar, como sucedió en el siglo XIII con Ramón Lull, y en el siglo XVI con Lutero y nuestros místicos. Otras el culto supremo de la belleza hace que el Dante y el Petrarca prefieran para su inspiración la dulce habla toscana a la culta latina. Otras por fin, se invoca el romance nacional como instrumento político de dominación política, como lo hizo el Nebricense. Puntos de vista son todos estos a los que hemos de aludir ahora muy someramente, que nos darían materia para una extensa e interesante monografía.

El carácter nacional de una literatura no se afirma sino con el triunfo definitivo de la lengua vulgar.

Pero este sentimiento nacional, en todos sus múltiples aspectos, tarda mucho en ser plenamente comprendido. Cuando este caso llega, se tiene una idea tan alta de la nacionalidad que no se la estima en lo que vale, sino es perfecta, esto es, sino es una. Y esta unidad se manifiesta por la conjunción de raza, de lengua, del territorio y de la historia. De todos esos aspectos que forman la idea total de la nacionalidad, el que a nosotros en este momento más nos interesa, es el lingüístico, que tiene también su desenvolvimiento histórico, su propia elaboración orgánica. Antes de alcanzar las lenguas vulgares la categoría de nacionales, han debido pasar por un lento proceso de formación e individualización y caracterización, por decirlo así, durante el cual van obteniendo la plena conciencia de su valor y sustantividad, la cual les lleva a su triunfo literario y político definitivo. En una palabra, antes de desprenderse las literaturas de la nebulosa indecisa que las envolvía, han tenido que sostener lo que nosotros acabamos de llamar la lucha por el idioma, lucha tenaz y prolongada con-

tra los prestigios de otra lengua y literatura superior y dominadora. Esta lucha en las nacientes literaturas románicas se presenta principalmente contra el latín, y secundariamente, en el dominio de la poesía, contra el provenzal, pero se encuentra también en los países anglo-sajones, y en la antigüedad clásica en la misma poderosa Roma, nacida para regir los pueblos. Me contentaré con recordar aquí que Horacio recomienda preferentemente a los Pisones, no ya la lectura de los modelos del Lacio, sino de los escritores griegos: *Vos exemplaria græca nocturna versate manu, versate diurna*. Por el testimonio de Cicerón sabemos asimismo, que en las escuelas de Roma la enseñanza de la Retórica se daba en griego.

Respecto de los pueblos anglo-sajones me limitaré a señalar el hecho de que en Inglaterra la conquista normanda impuso el francés hasta el siglo XIV; que los estudiantes de Oxford en esta época usaban preferentemente el francés y el latín y que el francés fué durante tres siglos lengua del Gobierno y de la Corte, retardando el triunfo de la literatura inglesa.

Ya veis, pues, cómo el problema de la redención y de la valorización de la lengua nacional se nos ofrece con carácter agudo en la lejana Albión. Otro tanto podríamos decir de Alemania.

Allí fué el fervor religioso el principal instrumento de reivindicación lingüístico. El planteamiento de dicho problema es una consecuencia de su posición religiosa. La traducción de los textos sagrados, promovida por el afán de proselitismo, condujo necesariamente a la fijación de la lengua literaria alemana, que sancionó Lutero con su autoridad (1).

Mas ya que es en los pueblos neo latinos (pues que del catalán tratamos), donde preferentemente hemos de considerar la lucha por el idioma, vayamos en ellos a indagar la causa de esta lucha. Digámoslo de una vez; esta causa no es otra que el alto prestigio de Roma, factor principal del tardío desenvolvimiento de las literaturas nacionales del medioevo. La batalla se va a dar ahora, considerando la lengua como instrumento de cultura, y hasta como exteriorización de la personalidad política. Las lenguas no se imponen sino por la soberanía literaria y política que les da fijeza, unidad e imperio. Y esto no era posible antes del Renacimiento, que fué el que creó definitivamente las grandes nacionalidades lingüísticas, literarias y políticas. Fué la época en que se formaron las *patrias*, con la intensa conciencia y significación con que las siente y define la moderna ideología, es decir, como la conjunción armónica y fijación definitiva de elementos lingüísticos, étnicos, geográficos e históricos. Atis-

(1) *Los Clásicos Olvidados*. Nueva Biblioteca de Autores Españoles, publicada bajo la dirección de Pedro Sainz Rodríguez. VIII: Los apologistas de la lengua castellana en el siglo de oro. Selección y estudio por José Francisco Pastor. Madrid, (1929), p. XXI.

bos de este sentimiento los hallamos indudablemente en la Edad Media, pero en el mismo afán y curiosidad con que los recogemos, se halla la prueba de que el hecho es esporádico, inestable y confuso.

Pesó largo tiempo sobre los idiomas vulgares el prestigio del latín, de cuyas entrañas habían nacido lentamente, no de un solo golpe como Minerva del cerebro de Júpiter. Al desaparecer el antiguo imperio de los Césares, nada en el nuevo orden de cosas se creyó cambiado: leyes, costumbres, cultura, arte, organización política y social... Todo, fuera de la religión, se consideró subsistente. Si el mundo que nacía no enterró al César, ni al imperio, tampoco se dió cuenta de que nuevos acentos brotaban de sus labios. De aquí el tardío bautizo nacional de los nuevos idiomas. En los primeros siglos de su existencia llevaron todos el nombre de romanos. Escribir en *roman* para los contemporáneos de Jofre Rudel, era escribir en lengua de *oc* o provenzal; en lengua de *oïl* para los súbditos de San Luis. Nuestro Berceo ocultaba bajo el nombre de *roman paladino*, su candorosa habla riojana. Dante no acertaba todavía con el nombre de lengua italiana, y se refiere sólo al *bel paese la dove il si suona*, y el portugués tomaba el significativo nombre de *ladinho*. Hasta los mismos bizantinos, a su lengua no la denominaban griega o helénica, sino *romaiiki*; así llamaron también *Romania* a su imperio, e *Imperator Romanorum* a su *basileus*.

No es de extrañar, pues, que la lengua latina disputara a las vulgares el dominio de la ciencia y hasta el de la literatura. El latín era la lengua de la filosofía, de la teología, de las Universidades, de la cancillería, de la Iglesia, en una palabra, la lengua de la enseñanza y del estudio. De esto nació el fraccionamiento de la actividad intelectual de todos los pueblos occidentales en dos partes desiguales, sustrayéndose a la influencia de las letras populares los espíritus más cultivados de aquel tiempo. No se concebía que se pudiera escribir una obra seria sino en latín, y los principales centros de actividad intelectual eran las Universidades y las órdenes religiosas.

De aquí proviene el menosprecio completo de las lenguas vulgares, que no se consideraban dignas de ser enseñadas en las escuelas. Sólo el latín podía ser objeto de la función docente. Por eso durante la Edad Media saber *gramática*, equivalía a saber latín, porque no se concebía que se pudiese escribir una gramática para enseñar un romance y si hallamos una excepción a esta regla común en el provenzal, fué porque calcó servilmente sus leyes gramaticales sobre el molde latino, como lo indica el nombre de *Donatz proensal* dado por Huc Faidit a su tratado. En pleno Renacimiento, y aun después de publicada en España la gramática de Nebrija, sostenía Juan de Valdés en su admirable *Diálogo de la lengua*, que la española no podía reducirse a regla; y hace gala en otro lugar de su

menosprecio, diciendo que en ella había leído muy poco “porque como entiendo el latín y el italiano, no curo de ir al romance” (1).

Gloria grande para España es que la primera gramática de una lengua vulgar que se haya escrito en Europa, en los días del Renacimiento, lo sea de la castellana, que el gran humanista Antonio de Nebrija publicó en 1492, en el mismo año en que iba a abrirse todo un virgen continente a su dominio. Para ella escribió un prólogo en el que con patriótica intuición parece vislumbrar los maravillosos destinos que le estaban reservados, estampando aquellas enérgicas y memorables palabras: *La lengua sigue al imperio*. Notable episodio es este en la historia universal de la lingüística, que bien merece los honores de un ligero comentario, aun rompiendo por el momento el hilo de nuestro discurso. Hasta entonces no había sido invocado el idioma como instrumento de dominio político. Esta posición nacionalista, y sobre todo, *imperialista*, en el dominio lingüístico, sentida misteriosamente como una intuición providencial en el mismo año en que le estaba reservado engarzar a su corona un mundo entero, la ha adoptado España antes que ninguna otra nación europea. Como consecuencia de esta soberana intuición de hegemonía lingüística universal, resuena en todos los panegíricos del castellano de los escritores del siglo de oro (2), el mismo tono de arrogancia imperialista, y con razón, porque el español en los siglos XVI y XVII, y sobre todo, en este último, alcanzó la categoría de lengua universal.

Prosigamos nuestro tema. Todavía no hemos señalado todas las consecuencias de la soberanía de la lengua latina en la Edad Media. Aun en días muy próximos al Renacimiento, al acercarse los escritores a los manantiales de la antigua sabiduría, se sentían más que nunca sobrecogidos de una profunda humildad y respetuosa admiración que hacía temer a don Enrique de Villena, no hallar en la *romancial texedura*, en el *árido y desierto romance vocablos asaz equivalentes para exprimir los sublimes concebimientos virgilianos*. Todavía en el siglo XVI nuestros grandes escritores clásicos, los dos Luises, el de León y el de Granada, Malón de Chaide, Bartolomé de Medina y otros, tenían que romper lanzas en pro del uso del idioma patrio en tratados doctrinales y obras de alto vuelo intelectual.

Pero la consecuencia más importante de este hecho es que hasta muy entrados los siglos XVI y XVII, las lenguas populares no fueron dueñas absolutas de sus destinos literarios, y hubieron de compartir con otras su cetro; ni se consideraron como únicos exponentes de cultura, ni fueron instrumentos únicos de política soberanía. En algunos pueblos, hasta los

(1) *Diálogo de la lengua*. Madrid, Editorial Calleja, 1919, p. 82 y 235.

(2) *Los Clásicos Olvidados*, etc. VIII: *Los apologistas de la lengua castellana en el siglo de oro*. Selección y estudio por José Francisco Pastor. Madrid, 1929.

siglos indicados, las literaturas no fueron monolingües, ni adquirieron un marcado sello de completa independencia y de idiosincrasia nacional. En cambio, en la Edad Media no se hallan dentro de los límites de la antigua Romania más que literaturas polilingües. En todos estos dominios la lengua indígena tiene que ceder parte de su herencia, ya a la lengua latina, ya a la provenzal. Así sucedió respecto de la lírica, en Cataluña sobre todo, y aun en Italia, donde muchos de sus poetas prefirieron para dicho género la lengua provenzal. Así en Castilla, donde su lengua propia fué sustituida por la gallega, también en el dominio lírico, por no haber sido sometida aún a la complicada disciplina métrica de la escuela de los trovadores.

La lengua catalana perdió el carácter nacional antes de alcanzar su total hegemonía política y literaria, y de esto proviene que el problema lingüístico ofrezca en ella un carácter más visible de descomposición y de incompreensión que en las restantes lenguas neolatinas, en los que fueron un día los antiguos territorios continentales e insulares de la confederación aragonesa. De ella no puede decirse que la lengua siguiera el imperio. Le siguió, sí, eficazmente, en sus conquistas transmarinas, pero no dentro de los mojonos hispánicos de su monarquía.

* * *

El sistema federativo impuesto por el enlace de Ramón Berenguer IV de Cataluña con Petronila de Aragón, obligó siempre a nuestros Reyes a dividir o disgregar en vez de unificar o anexionar las regiones conquistadas, que convertidas de este modo en estados autónomos, al romper el lazo de la dependencia política, rompieron también el de la lengua. He aquí la raíz histórica de nuestro problema lingüístico, que ahora vamos a exponer y estudiar. Ante todo trataremos del *nombre de la lengua catalana*, comenzando por investigar su proceso histórico así en la cancellería medioeval de nuestra confederación, como en algunos escritores (en todos fuera imposible), desde el siglo XIII hasta el siglo XIX, y aun hasta el actual, en que sigue viva y candente todavía la cuestión onomástica.

La cancellería y la literatura, he aquí las únicas fuentes directas de información para conocer sus vicisitudes principales. Al compás que en ambos campos se abre paso penosamente el nombre genuino de nuestro materno vernáculo, va triunfando éste también lentamente en la esfera literaria. La ciencia y las letras se secularizan y catalanizan de día en día: se escapan de las manos de la clerecía, y triunfan doquiera en la sociedad burguesa. En el siglo XV los legos disputan a los clérigos el jardín de la Academia, que había de sustituir la espinosa floresta de la Escolástica.

Este mismo triunfo esperaba a la lengua catalana en el palenque de nuestra bien ordenada cancillería. Ciertamente que es un anacronismo hablar de lenguas oficiales en la Edad Media, pero de hecho el latín lo era de la Iglesia y a la vez de la diplomacia. Separaban entonces a los pueblos europeos enormísimas distancias, y se imponía por lo tanto la necesidad de una lengua internacional. Así fué adoptado como tal el latín, sin esfuerzo y con aquiescencia tácita universal. Pero así y todo, la lengua catalana fué invadiendo lentamente el dominio de la cancillería, tanto cismarina, como transmarina, cuando en el siglo XIV devino una de las más extendidas y entendidas en el mundo que baña el Mediterráneo. Bien de relieve hemos puesto este hecho en nuestra colección de documentos del siglo XIV, que viene a ser como un cartulario de nuestra cultura en esta época (1).

Es curioso rastrear en esta colección las vicisitudes de la aparición del nombre de nuestra lengua. Ellas nos prueban una vez más lo que acabamos de indicaros: las vacilaciones de las lenguas vulgares antes de hallar su nombre peculiar. Las denominaciones del catalán, desde el siglo XIII hasta mediados del XIV, son indirectas y a veces simples circunloquios. Un documento de 1287 habla de *lingua nostra* (I, 4) (2). En 1296 vemos usado el nombre de *lingua romana*, que en el pasado Raynouard aplicaba exclusivamente al provenzal. Pero la palabra *romana* es la que prevaleció hasta fines del siglo XIV, y así la hallamos aún en 1381 (I, 314), para no multiplicar las pruebas. El epíteto de *vulgar*, en oposición al latín, también prevaleció ya como sustantivo, ya como adjetivo, acompañando al nombre legítimo de catalán. Así leemos en un documento de 1348: *similis littera fuit missa in vulgari cathalano* (3) y el rey Pedro el Ceremonioso (I, 151) y su hijo Juan I hablan en 1351 y 1391 (I, 417), respectivamente, de libros escritos en *vulgar catalán*. ¿Qué más? Hasta en nuestros lejanos dominios de Grecia, la cancillería de Atenas, que en la otorgación de ciertos actos civiles y oficiales se servía con preferencia del catalán, acostumbraba a acompañar esta palabra con el epíteto de *vulgar*. Un juez de apelaciones de la ciudad de Pericles al expedir en 1368 un documento declaraba que lo hacía *in vulgari sermone* o *in catalano ydyomate*, conforme a lo estatuido en los Capítulos vigentes en los Ducados (4); y en un privilegio de 1372, se exponía taxativamente

(1) *Documents per l'història de la Cultura Catalana mig-èval*. Publicats per Antoni Rubió y Lluch.—Vol. I. Institut d'Estudis Catalans, Barcelona MCMVIII.—XXXVI + 486 pp.—4º mayor.—Vol. II. Barcelona MCMXXI.—CXV + 456 pp.

(2) Todas las indicaciones documentales con siglas romanas y árabes, se refieren a nuestros citados *Documents per l'història de la Cultura Catalana mig-èval*.

(3) Arch. Cor. Aragón. Reg. 1497, f. 118.

(4) Archivo de Palermo, Reg. Canc. XI, f. 110 v.; doc. de 6 de abril de 1368, que forma parte de mi *Diplomatario del Oriente Catalán*.

que se redactaba en vulgar para ajustarse a la costumbre vigente en Atenas: *in vulgari catalanorum eloquio secundum usum et mores civitatis eiusdem* (1).

También asoma en nuestra cancillería, alguna vez, el dulce nombre de *lingua materna*, como en la *Divina Comedia* del Dante. Así leemos que Mateo de Deu traduce en 1392 *de latina lingua in maternam* (I. 420). Igualmente estaba en uso la designación de *plá catalá*, como si dijéramos, en catalán usual. Así en 1386 mandaba traducir Pedro IV en *plá catalá*, la historia de Orosio (I. 385).

En nuestra cancillería real, y en fecha bastante adelantada, es cuando aparece el nombre propio de nuestra lengua. Fué en 1362 al ordenar Pedro IV de Aragón que el Lanzarote fuera traducido o *fos reduit* (son sus propias palabras) en *llengua catalana* (I. 204), y al referirse otra vez a esta versión, habla de nuevo del *Lançalot escrit en catalá* (I. 205). Al sorprender tal vocablo, nos parece que nuestra lengua es ya plenamente sentida; nos parece asistir a su solemne bautizo, y que la vemos recibir el nombre definitivo y propio que ha de llevar por los siglos de los siglos.

Pedro IV tuvo mucha tendencia a servirse del catalán como lengua cancelleresca. Cuando el famoso combate naval de Constantinopla, ordenó en 1351 que toda la documentación se redactara con dicho idioma (2).

Más adelante, en 1382, el infante Juan enviaba a su hermana la reina de Castilla una *Biblia en llengua catalana*. ¿Para qué seguir citando más testimonios? Basta con los indicados para convencer a aquellos que se empeñan en negarlo, que la partida histórica de su bautismo legal, es mucho más antigua que los de ciertos nombres inadecuados, fantásticos o bastardos, que después se le aplicaron.

Pasemos ahora a estudiar las denominaciones de nuestro romance en los escritores medioevales. Las que más fortuna alcanzaron al principio, fueron las de *catalanesch*, *plá* y *lemosin*. Los dos primeros, apenas si pasaron más allá del siglo XIV. El último, el más inexacto, es el que tuvo más varia y duradera fortuna, que por desgracia, continúa todavía en nuestros días.

Entre nuestros escritores se aplicaba ya el nombre de *catalanesch* desde las postrimerías del siglo XIII, en el que aparece por primera vez, que sepamos, en las *Regles de trobar* de Jofre de Foixá (3). El traductor mallorquín del *Theoderich* de últimos del siglo XIII o principios del

(1) Archivo de Palermo. Reg. Canc. XII, f. 210. Doc. de 7 de enero.

(2) «E nous maravellets com vos *escribim en romanç*, car per *ordenació per nos feta* sobre lo fet de la armada axi o havem ordenat.» *Memorial histórico español*, II, 354 (1351, 24 de maig).

(3) Ed. P. Meyer en *Romania*, IX: «si tu trobes en cantar proençals alcun mot quei sia frances o catalanesch...»

xiv, hace gala también de escribir en *catalanesch*. Muntaner, que apenas vivió en Cataluña fuera de los primeros años de su infancia, que permaneció siempre lejos de su tierra natal, que cifra su mayor orgullo en ser ciudadano valenciano, que se casó en Valencia y estableció en aquella ciudad su casa solariega, Muntaner, repito, es cabalmente el más enamorado del nombre de *catalanesch* y el apóstol de su unidad y de su extensión geográfica. Siempre que habla de él, se complace en superlativarlo entusiásticamente con el dictado del *pus bell catalanesch del mon*. Para él, el *catalanesch* es la lengua más unificada de España, y de un solo lenguaje, es decir, menos diversificado en dialectos, no se encuentra otro pueblo más numeroso que el catalán (1). Todavía a fines del siglo xiv alude Lluís de Aversó en su *Torcimany* al *catalanesch*. Mas ya no hallamos en uso este nombre en el siguiente siglo.

La denominación de *plá catalá* se empleó algunas veces como oposición al latín, y más tarde, en oposición también a la lengua de los trovadores, llamada indistintamente provenzal o lemosina. En este sentido hemos de tomar la declaración de que escribía en *plá catalá* sus *Cobles de la divisió del regne de Mallorca* (1398), el famoso fraile apóstata Anselmo Turmeda, natural de dicha isla (2).

Como decíamos poco ha, el exponente onomástico de mayor fortuna entre cuantos se han empleado para designar la lengua catalana, y el que tiene un abolengo más antiguo, más erudito, más literario, y de más permanente prestigio, pues aún hoy los valencianos le ostentan como enseña triunfal de diferenciación, es el dictado de *lemosín*. Ninguno, sin embargo, más inexacto e inadecuado, más destituido de todo fundamento histórico y filológico. Empezó a usarlo a principios del siglo xiii el escritor catalán provenzal Ramón Vidal de Besalú, quien quiso significar con él, el idioma de los trovadores, pero sin pretender que, sólo en el Lemosín se hablase (3). Vidal de Besalú quería designar con tal nombre la lengua más escogida y castiza de los trovadores, la *parladura natural et drecha*, como él decía.

Aun a fines del siglo xiv Luis d'Aversó tenía el lemosín como la lengua por excelencia de la poesía, enfrente del catalán, al cual consideraba como la forma lingüística de la prosa, distinción que correspondía a la realidad viva de nuestras letras, en las que los poetas se servían

(1) «Que si volets dir castellans, la drete Castella poc dura e poca es, que en Castella ha moltes províncies que cascú parla son llenguatge e son axi departits com catalans e aragonesos». (Muntaner, *Crónica*, c. 29).

(2) «... he fetes algunes cobles grosseres en pla catalá». B. Metje-A. Turmeda, *Obras Menors*. Barcelona, Els Nostres Clàssics, 1927, p. 103.

(3) Milá Fontanals, *Obras Completas*, II, 13; Morf, *Vom Ursprung der provenzalischen Schriftsprache*; Berlín, 1912.

de un lenguaje provenzalizado, mientras para la prosa se usaba la lengua catalana. Más tarde parece designar también la lengua antigua, conforme puede verse en el catálogo de la Biblioteca del rey Martín I de Aragón (1395-1410), donde la expresión *en lemosín* no sólo se aplica a libros provenzales como las *Leys d'Amor* (1), sino a viejos textos en prosa catalana (2).

Especial resonancia, dice Morel Fatio en su estudio sobre la lengua catalana (3), encontró tal nombre en aquellas provincias unidas a Cataluña, en las que se ponía gran empeño en no aceptar para su lengua el nombre de catalana. Un poeta valenciano del siglo XVI, que elogia el *Libre de les Dones* de Jaime Roig, otro poeta valenciano del siglo XV, llama lemosina a su patria Valencia.

“*Criat en la patria ques diu lemosina—no vol aquest llibre mudar son lenguatge.*” (4).

También en Castilla contribuyó a popularizar dicho nombre con su autoridad, el Marqués de Santillana (5), y en general los poetas del *Cancionero de Baena*. Juan de Valdés en el siglo XVI hace, en su *Diálogo de la Lengua*, la contundente afirmación de que la catalana, *era antiguamente lemosina*.

En el siglo XVIII, Carlos Ros, el entusiasta panegirista de la lengua valenciana, al hablar de la lemosina dice que el valenciano es su forma más correcta (6), y que Valencia es a ella lo que Toledo a la castellana, mientras que el catalán es una forma suya degenerada, “malsonante, grosera, isleña y montaraz!”.

El *lemosinismo* (que tanto indignaba a mi fraternal amigo Marcelino Menéndez y Pelayo, el cual llegó a calificar de majaderos a los que llamaban *trobos lemosinas*, a los versos catalanes) (7), se convirtió en una verdadera obsesión en los países del Levante de España, donde se hablan

(1) N.º 270: «un altre libre... de art de trobar en lemosin».

(2) Das Katalanische, *Grundriss der Romanischen Philologie...* von Gustav Gröber... Strassburg, 1904, p. 84.

(3) v. 209: «un altre libre appellat *De tetres del Rey en Jacme* en lemosí».

(4) *Libre de Consels*, Valencia, 1531.

(5) El, sin embargo no confunde a los catalanes con los lemosines. (cf. *Proemio*, c. X y XXI).

(6) *Blanquerna... traduït y corregit ara novament dels primers originals y estampat en llengua valenciana*. (Valencia, Joan Jofre, 1521).

(7) «Y qué completa debía ser la ilusión cuando el trovador cantaba *trobos lemosinas* como todavía llaman algunos *majaderos* de Castilla y aun de fuera de ella, los versos compuestos en lengua catalana». Prólogo al vol. II del *Gayter del Llobregat*, de D. Joaquín Rubió y Ors. Edició poliglota. Barcelona, 1889, p. XVIII. «Hasta su nombre propio y genuino se lo negaba, había exclamado antes en su memorable discurso de los Juegos Florales de 1888, ¿ni quién había de conocerla bajo el disfraz de aquella peregrina denominación de *lemosina* o *provenzal*, con que solían designarla los eruditos que se acordaban de ella?» *Jochs Florals de Barcelona* de 1888, p. 259. A Jo-

variedades del catalán, sobre todo, como ya lo hemos visto, en el reino de Valencia. Pero respecto de éste, ya tendremos ocasión de insistir en ello, porque merece capítulo aparte.

También participó Mallorca, aunque no en igual grado, de tal preocupación, y así vemos a don Jerónimo Roselló, el ilustrado editor de Ramón Lull, dar el nombre de lemosines a los textos en verso y prosa del gran apóstol de la fe, escritos, principalmente los segundos, en bellísima lengua catalana. Mallorquín de nacimiento, catalán de nación, llama a Lull el historiador Mariana con gran aplauso de Amador de los Ríos, quien critica el mezquino localismo de Torres Amat al excluirlo, por ser mallorquín, de su *Diccionario de escritores catalanes* (1). Razón tenía para indignarse con el lemosín el gran polígrafo montañés. No se explica que se prefiera posponer en una lengua española, como lo es la catalana, su nombre propio y solariego, a otro extranjero, ya que lemosín trae su origen de Limoges, pequeña comarca del mediodía de Francia, que vivió durante algunos siglos bajo el dominio de los Plantagenets de Inglaterra (2).

Sea como quiera, la preocupación continua subsistiendo, a lo menos en Valencia, de manera que los hijos de *l'amorosa città*, como la llama Boccaccio, sólo escriben en su dulce habla local, que tanto encantaba a Lope de Vega, en los géneros eminentemente populares como el satírico y el dramático, pero cuando tratan de lograr los laureles de la poesía en sus Juegos Florales del *Rat-Penat*, se acuerdan del editor de Jaime Roig y de Carlos Ros, y se valen de un lemosín, que da la casualidad que a nosotros nos suena como catalán.

El exquisito poeta valenciano Wenceslao Querol, fué apercebido, y no suavemente, por sus paisanos, por haber denominado *Rimas Catalanas*, a sus inspiradas composiciones.

En Mallorca, como acabamos de insinuar, el vocablo lemosín no ha tenido tanta fortuna. No en vano fué poblada la isla por catalanes, y

vellanos tampoco le parecía bien el epíteto de lemosín: «Si no me engaño, tardará V. poco en desbautizarla a la que llaman *lengua lemosina*, para ponerle el nombre de *catalana*, que ya conoce... etc.». Jovellanos. *Obras*, Barcelona, 1839, VI, 156.

(1) «En efecto, cuando Raimundo Lulio florece, no se había desarrollado aún ese espíritu de provincialismo que reclama y excluye hoy al poeta y al filósofo» (*Historia crítica de la literatura española*, IV, p. 114).

(2) Al dar cuenta el filólogo mallorquín Mosén Alcover del estudio de D. José Martínez Aloy: *Formación de los apellidos lemosines*, (donde efectivamente no se encuentra uno solo que proceda de Limoges) prorrumpo con harta razón, en esta queja que procuro traducir al pie de la letra: «Es lástima que los escritores valencianos, no se sepan desprender del craso error de calificar de lemosín al valenciano. ¿Qué tienen que ver Cataluña y Valencia con el lemosín, con el dialecto de Limoges, una de tantas ramas de la lengua de Oc? ¿Proceden acaso del Limoges los catalanes ni los valencianos? ¡Ah, señores valencianos! Esa historia...» *Pertret per una Bibliografia filològica de la llengua catalana...* Ciutat de Mallorca, 1915, p. LIX.

arrancada del dominio musulmán por armas casi exclusivamente catalanas. Muntaner lo recuerda con orgullo en su *Crónica* (1), y Boades en sus *Fetys d'armes de Catalunya* (cap. XXIII) especifica aún más este origen, afirmando que la isla *fo poblada de catalans del Empordá*, y que hablan la misma lengua de los ampurdaneses. En 1365 los mallorquines pedían a Pedro IV ser considerados como naturales de Cataluña, y Anselmo Turmeda, el escritor mallorquinista por excelencia, en su rabelesiano libro del *Asno* repetía de nuevo, como en las *Cobles*, ser de nación catalana. Pero cuando a fines del siglo XVI y primeros del XVII surgieron las literaturas dialectales, se perdió la conciencia de la comunidad del idioma, cuyo nombre fué sustituido por el de *lemosín* o por el dialectal. La mayor prueba de la confusión extrema que se introdujo en esta materia, es el siguiente absurdo título que lleva una obra del siglo XVIII: *Llibre de la doctrina pueril, compost en llengua llemosina per... Ramón Lull... traduït a llengua usual mallorquina* (Palma, 1736).

El *lemosinismo* hizo también prosélitos en Cataluña, con todo y que es la región que ya desde fines del siglo XIII ha tenido más clara conciencia de la lengua propia. El lemosinismo alzó en ella la cabeza entre la tercera y cuarta década del siglo pasado, cabalmente en los mismos días de nuestra emancipación literaria. Tomó el movimiento aquí carácter histórico, y por ello una marcada propensión a lo arcaico y a lo medioeval. Nada tiene de extraño, pues, que al evocar los padres de la *Renaixensa* nuestro pasado literario, renovaran el recuerdo de los gloriosos trovadores, y que al estudiar los eruditos los viejos textos del patrio idioma, se sintieran ganados por el hechizo de aquella palabra, dulce y graciosa, que creían que a la vez que ennoblecía el habla vulgar, aplebeyada por el descuido y la ignorancia, había de hacerla más simpática a los ojos de los que la despreciaban y la relegaban al olvido. Así reapareció el nombre de lemosín en aquel canto evocador de Aribau, que los catalanes hemos persistido en bautizar con el título de *Oda a la Patria*, por el hondo amor a la tierra natal que en sus estrofas palpita. En ella exclama el poeta que no tiene otro placer que el de cantar en *llengua llemosina*. Después de Aribau, todos los Epigones del Renacimiento catalán, Rubió y Ors, Milá y Fontanals, Piferrer, han llamado *lemosina* a su lengua materna; inconsciencia entonces comprensible y disculpable por las razones que antes he expuesto. Pero los que siguieron sus huellas, lejos de renegar del dulce nombre de la lengua materna, prestáronle su culto constante y fervoroso. Cataluña no ha vuelto jamás a vestir con un disfraz postizo la voz de su corazón.

(1) ... Perque huy es... (la isla de Mallorca) poblada tota de catalans tots de honrrat lloch e de bo... etc. *Crónica*, cap. VIII.

Es cierto que el nombre de *lemosín*, a excepción de Cataluña, donde su empleo tuvo siempre carácter puramente retórico, en el fondo viene a negar la sustancialidad y el abolengo legítimo de la lengua, pero no su unidad. Si bien se mira, aunque inexacta, es una denominación puramente epidérmica, por decirlo así, y superficial, de tipo genérico. Lo mismo la adoptaron los catalanes que los mallorquines y los valencianos. Tenía más de arcaica que de negativa; más de erudita que de gesto de rebeldía o grito de combate.

Pero allá en Valencia, a fines del siglo XIV, surge de improviso de la pluma de un elocuente escritor, un nuevo nombre, que viene a negar la solidaridad lingüística de todos los dominios del rey Jaime, proclamando la existencia de una nueva lengua, *la lengua valenciana*, de la cual se tiene al punto buen cuidado de afirmar que es distinta de la catalana. Sorprende esto mucho más en cuanto en la misma ciudad, a principios de dicho siglo, el cronista Muntaner que (como dije en otra ocasión, aunque hijo del Ampurdán, sintió el noble orgullo de ser considerado como valenciano), ha sido entre todos los catalanes el primero que ha afirmado la unidad de su querido *catalanesch*. Si la lengua valenciana hubiera sonado con acentos exóticos a sus oídos, él, que señaló la profunda diversidad lingüística que existía entre catalanes y aragoneses, y aun las diversidades dialectales del castellano, él, que observó con atención las diferencias que presentaba la lengua griega en los territorios del imperio bizantino, por sus propias plantas recorrido; él, que sostiene que los habitantes de Murcia y de Menorca hablaban el catalán más castizo, ¿cómo hubiera dejado de anotar el hecho que le había de ser tan palpable, pues que en Valencia residió largos años, de la diversidad del valenciano y del catalán? Nadie sintió tanto como él la solidaridad política de su raza ni la afirmó con más energía. Todo esto indica que para él, los particularismos dialectales del primero no debían parecerle más señalados que los que pudo observar entre el habla de Lérida o del Ampurdán, por ejemplo, y el de Barcelona.

La voz elocuente del hijo de Valencia a que nos referimos, no fué otra que la del dominico fray Antonio Canals, uno de los más exquisitos escritores de nuestras letras. Al traducir en 1395 las historias de Valerio Máximo, tan populares en la Edad Media, manifestó que lo hacía en su "*vulgada lengua materna valenciana... jatsia que altres lagen tret en lengua catalana*". La afirmación del divorcio idiomático no podía ser más categórica. El ejemplo de Canals, tan halagador del localismo literario, tuvo imitadores, en la segunda mitad del siglo siguiente. Se puede decir que desde esta época los más notables escritores del reino de Valencia, los que cabalmente nos ofrecen los modelos más castizos, más exquisitos, bien que harto retóricos, y al propio tiempo, los menos dialectales de nues-

tra habla común, hicieron gala de redactarlos en puro valenciano. Así lo declaraba Johanot Martorell, el autor de *Tirant lo Blanch*, tesoro inagotable de lenguaje, cuadro animado de costumbres, libro tan ponderado por Cervantes, que para catalanes, valencianos y mallorquines es una de las más puras fuentes a la que hemós de acudir para enriquecer y depurar nuestro común idioma. Así lo ha entendido, con muy buen acierto, el Rdo. P. Fullana, que lo recomienda a sus paisanos, para vigorizar con su lectura su habla anémica y corrompida. En Barcelona se publica actualmente de él una edición popular, con el propio objeto apetecido por mi docto compañero. Todos acudimos a la misma farmacopea para remediar la misma enfermedad. Bien es verdad que el *Tirant* ha sido uno de los libros más leídos entre nosotros, gracias a la edición publicada hace ya bastantes años por el gran divulgador de nuestros clásicos, el escritor mallorquín don Mariano Aguiló.

Idéntica profesión idiomática a la de Martorell se repite en Fenollet, traductor de Quinto Curcio; en el *Primer libre del Cartoxá* de Roig de Corella, y en la versión de la *Imitación de Cristo*, de Miguel Pérez. La escuela valenciana de los prosistas del siglo xv es la más fecunda de nuestra literatura y sus poetas, los príncipes de nuestra lírica. Figuran entre los primeros, además de Martorell, Fenollet, Corella y Pérez, ya citados, Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, autor de una magistral traducción de la Biblia (1), que es la primera impresa en vulgar en Europa, y Sor Isabel de Villena, a quien se debe una voluminosa *Vita Christi*, escrita también en vernáculo. A esta escuela pertenecen por su nacimiento, mas no por profesión de valencianismo idiomático, los aludidos líricos Ausias March y Jordi de Sant Jordi. Estos últimos escritores ninguna afirmación particular hacen respecto de la lengua de que se valen. Mas ateniéndonos a los que hacen gala de escribir en lengua *valenciana*, se da el caso singular, que son cabalmente los que nos ofrecen un estilo más rebuscado, de tal modo que en nuestra historia literaria *styl de valenciana prosa*, es sinónimo de afectada expresión.

Más adelante, al tratar de la verdadera variedad de la lengua valenciana, que no se presenta por cierto en los autores del siglo xv que acabo de citar, hablaré de paso de Jaime Roig, jefe de la escuela satírica de su país; ya que por el carácter popular de su *Libre de les Dones*, es en este autor donde el dialectismo se muestra más acentuado.

Respecto de Ausias March y Jordi de Sant Jordi, ya se ha apuntado que ninguna declaración idiomática hacen en sus versos. El historiador francés de nuestra poesía A. Pagés, señala al autor dels *Cants d'Amor y de Mort*, como el primer poeta de nuestra escuela que abandonó la len-

(1) *de lengua latina en la nostra valenciana*. Biblia, ed. Valencia, Fernández de Córdoba y Palmart, 1478.

gua de los trovadores *qui per escalf traspassen veritat*, para escribir en catalán. En cuanto a Jordi de Sant Jordi, ya veremos cuan reciente es la averiguación de su origen valenciano, lo cual indica la perfecta identidad de su expresión con la nuestra.

Son curiosas las declaraciones que sobre el nombre de la patria y de la lengua del gran poeta valenciano se hacen en distintas ediciones y traducciones del siglo xvi. En la castellana del portugués Jorge de Montemayor, impresa en Valencia en 1561 (libro en el que se dan un abrazo de fraternidad las tres literaturas peninsulares: la castellana representada por un lusitano y la catalana por Ausias March), se dice haber sido hecha la versión del *lemosín*. En la reproducción de la misma versión de Montemayor, hecha en Madrid en 1579, se lee refiriéndose a Ausias March, el siguiente peregrino *Parecer* del maestro Juan López de Hoyos: "Es poeta español y escribió en lengua lemosina, que es *lengua entre catalana y valenciana, o por mejor decir, un mixto de catalán y algo de gallego y valenciano.*" (1). En la edición de Valencia de 1539, que contiene la versión de Romani, se afirma ser Ausias March valenciano, de nación catalana, y en la *Epístola dedicatória* se habla de las "*Moralidades* de Osias Marco... escritas en *lemosín.*" De todo este galimatías se saca una consecuencia, y es que los distintos editores de Ausias March del siglo xvi no se atrevieron a afirmar, como los prosistas del xv, que el famoso lírico escribiera en valenciano. Por tan nuestro le consideramos los catalanes, que de sus versos inmortales llevamos hechas hasta ahora nueve ediciones, respetando siempre la morfología del original (2).

De ninguna manera tratamos de negar la existencia de la modalidad valenciana, dentro de nuestra lengua común, porque sería esto negar una realidad viva, pero sí podemos afirmar, sin faltar a la verdad, que hasta fines del siglo xv la unidad literaria del catalán fué completa desde las lagunas de Salces hasta las palmeras de Elche. Esta unidad se conservó en la misma época, incluso en los territorios extranjeros donde nuestro idioma se extendió llevado por las armas victoriosas de los Reyes de Aragón. Pero, repetimos, que en ningún texto la afirmación valencianista es más inexacta que en las obras clásicas de los escritores de allende el Ebro de los siglos xiv y xv. Los clásicos valencianos de la época citada son todavía hoy, para nosotros, nuestros clásicos: los modelos de nuestra literatura, manantiales purísimos y copiosísimos de nuestro común idioma. Y como a partir de la Edad Media, en nuestra historia literaria

(1) *Obres d'A. March*, Ed. crítica per A. Pagès. Barcelona, 1912, I, p. 92.

(2) Corresponden a los años 1543, 1545, 1560, 1854, 1888, 1909, 1912 y 1918. La penúltima es la edición crítica definitiva y fué encomendada por el *Institut d'Estudis Catalans* al eminente historiador de nuestras letras, más de un vez citado, Sr. D. Amadeo Pagés. La última edición (en la colección *Minerva* del Consejo de Pedagogía de la Diputación de Barcelona) es sólo fragmentaria.

nada existe que haya sustituido a la producción indígena sino silencio y esterilidad (cosa que no pasa en Valencia), de ahí que los antiguos clásicos catalanes, a la par que los valencianos, son para nosotros *textos vivos*, libros de actualidad, por decirlo así, que entendemos casi sin el menor esfuerzo. ¿Podrían nuestros vecinos decir hoy lo mismo de sus obras del siglo xv, escritos en la pretendida prosa valenciana? Pero a trueque de estos tesoros con que enriqueció nuestra producción la Reina del Turia, recostada en su lecho de flores, proclamamos los Catalanes con generosa hidalguía y gratitud, que fué ella en el siglo xv la metrópoli, la Atenas de nuestra cultura artística y literaria. Si suprimiéramos la brillante pléyade de los escritores valencianos de esta época, suprimiríamos la parte más rica e importante quizás de nuestras letras. Hasta da la casualidad de que en Valencia redactaron Muntaner su crónica de almogavar, y el fecundísimo tratadista gerundense Èximenis una buena parte de su enorme enciclopedia *El Crestià*, verdadero cetáceo literario medieval. Bien pudo decir Mariano Aguiló en su magistral *Bibliografía catalana*: que en ninguna otra ciudad produjo nuestra literatura obras de tan exquisito mérito, de tan reconocida importancia, como en la del Cid. Pero no es precisamente en estos tesoros, como ya se ha insinuado, donde se pueden conocer y estudiar las características de la variedad valenciana. Morel Fatio, en su misión filológica a Valencia (1), al estudiarla, prescindió por completo de las fuentes clásicas del siglo de oro y de los documentos de los archivos del Reino, para fijarse exclusivamente en escritos de la época de la decadencia, o de la moderna, y en el habla popular. Sólo detiene su atención, en cuanto a textos antiguos, en el famoso *Libre de les dones*, de Jaime Roig, que califica de la obra más importante de la literatura de oc (2). En ningún texto literario, añade, figuran tantos vocablos del habla común, tantos nombres de objetos, armas, muebles, vestidos, utensilios, etc., como en este poema. En él hace gala el médico poeta de escribir *noves rimades, no prim scandides*, sino *en plà texides*, es decir, en lengua llana, del vulgo, en la de la huerta y en la de la ciudad, en contraposición al culteranismo de los escritores de aquel siglo. La lucha de los dos idiomas, el plebeyo y el literario, tan vivo aun hoy día, nos la reseña perfectamente Gasull en la *Brama dels llauradors de l'orta de Valencia*. Ya se ha indicado que en el poema de Roig, de fines del siglo xv, hace hasta cierto punto su aparición literaria la legítima modalidad valenciana. Nótese bien que decimos hasta cierto punto, porque está desligada de solecismos y de los castellanismos que ya por entonces empezaban a afearla y empobrecerla. Le quita también valor localista la

(1) *Rapport... sur une Mission philologique à Valence...* Paris, 1835.

(2) *Ibidem*, p. 18.

circunstancia de ser uno de los vocabularios más copiosos de nuestra habla común (1).

No negamos, pues, repetimos, el hecho real, innegable, de la existencia de la variedad valenciana, sino el dualismo que se trata de establecer en los dominios de la literatura y de la lengua. La ciencia filológica ha pronunciado sobre este punto su severo fallo, en importantes estudios, en torno los cuales ha hecho un cerrado criterio localista la conspiración del silencio.

¿Cómo habíamos de negar los catalanes la existencia de esa modalidad si en cierto modo, como lo prueba el sabio filólogo Mr. J. Saroihandy en su estudio sobre los límites del valenciano, se nos mete por decirlo así dentro de nuestro propio territorio? Al sur de Reus y de Tarragona, dice, comentando el trabajo de M. Hedwiger sobre el mismo tema, existe una zona bastante extensa, cuya lengua es considerada por este último filólogo, como una transición entre el valenciano y el catalán (2).

En rigor, a dos pueden reducirse las variedades dialectales del catalán, y son las que hace años estableció mi sabio maestro Milá y Fontanal (3), designándolas con los nombres de catalán occidental-meridional y catalán oriental. En la primera están comprendidas el habla de toda la comarca ilerdense, la del sur de la provincia de Tarragona y todo el reino de Valencia. En este vasto territorio la lengua, como dice Milá, se pronuncia "con más limpieza, y en general, como se escribe". En la variedad catalano-oriental, están comprendidas gran parte de Cataluña, Rosellón, las Baleares y la ciudad de Alguer (Alghero), en la isla italiana de Cerdeña. En estas comarcas se altera la pronunciación de algunas consonantes y sobre todo, la de las dos vocales átonas *e* y *o*, que suenan menos claras, y se sustituyen fácilmente por las vocales *a* y *u*. Las diferencias capitales entre ambos dialectos radican principalmente en la pronunciación. La estructura gramatical no ofrece grandes particularidades. Así nuestro sabio filólogo, el mallorquín Mosén Alcover, ha podido sostener con harta razón que la gramática valenciana es la misma catalana (4). Y lo propio reconoce el mismo P. Fullana en un trabajo presentado en 1908 en los Juegos Florales de Valencia (5).

(1) De las siete ediciones que conocemos de esta obra, cuatro, las de 1561, 1865, 1905 y 1928, han visto la luz en Barcelona. La de 1905, la más importante, es la edición crítica que la casa editorial de *L'Avenç*, que tantos servicios ha prestado a nuestras letras, encomendó a aquel tan modesto cuan sabio sacerdote valenciano y dulce amigo que se llamó D. Roque Chabás.

(2) *Bulletin Hispanique*. Tom. VIII. Juillet-Septembre 1906. J. Saroihandy, *Les limites du Valencien* (*Bulletin Hispanique*, 1906).

(3) *Los Trovadores en España* Barcelona, 1861, p. 462.

(4) *Pertret per una Bibliografia filológica de la llengua catalana*. Palma de Mallorca, 1905, p. XII.

(5) Fullana (fr. Luis): *Les característiques catalanes en el regne de València, o sia la gramàtica valenciana és la mateixa gramàtica catalana*.—(Alcover, *Pertret*, p. XLV).

Por lo demás, sin entrar en detalles, podemos dejar consignado que la diferenciación entre el catalán y el valenciano, cuando se acentúa más enérgicamente, y lo hemos dicho ya, es a partir del siglo XVI, que es cuando empieza a penetrar en él de una manera avasalladora la influencia castellana, que lo desnaturaliza profundamente. Antes pudo haber, y hubo, sin duda, diferencias dialectales, pero no inferiores ni superiores a las que ofrecen todas las lenguas que se hablan en más o menos extensos territorios.

Esta diferenciación debía producirse por necesidad en Valencia con más intensidad que en Mallorca, por diversas razones históricas, literarias y geográficas. Algunas las hemos señalado ya, pero todavía tenemos que hacer hincapié en otras nuevas. *Dues voltes desposada ab lo Cid de Castella y ab Jaume d'Aragó*, llama a Valencia el poeta Querol, y este doble desposorio ha impreso indeleble huella en su existencia. Las tres provincias en que está dividido su territorio se hallan habitadas por una población bilingüe, por haber tomado parte en su conquista indistintamente catalanes y aragoneses. Estos últimos prefirieron en el reparto las comarcas del interior a las de la marina.

Históricamente dice don Ramón Menéndez Pidal (1), Valencia era un anejo de Toledo. Ambas ciudades iban comprendidas en la provincia Cartaginense desde los tiempos de Constantino hasta los del Califato, y la capital de esa provincia desde la época visigoda era Toledo. Era natural que una vez conquistada esta ciudad—dado que Castilla aspiraba al dominio de la Cartaginense—, ora Fernando el Magno, ora Alfonso, se abalanzasen sobre la ciudad levantina. Las condiciones históricas de la época visigoda nos explican así el dominio castellano en Valencia, primero por medio de Alvar Hañes, después por mano del Cid. Sólo pasado un siglo, cuando los estados hispánicos buscaron algún equilibrio frente a las grandes ambiciones de Castilla, tuvo ésta que ceder la reconquista de Valencia al rey de Aragón (convenio de 1179).

En el orden religioso, la metropolitana de Toledo y la de Tarragona se disputaron también su jurisdicción sobre Valencia. Por último, además de su población bilingüe, facilita en alto grado la invasión y penetración de la lengua de Castilla la circunstancia de que el reino de Valencia confina en casi todos sus límites con provincias de habla castellana, a saber: Teruel, Cuenca, Albacete y Murcia, y sólo por una estrecha faja de territorio con Cataluña.

Apenas medio siglo había transcurrido desde que produjera sus grandes clásicos, y ya Valencia se había asimilado de un modo tan sorprendente la literatura nacional, que a ella aportó más poetas líricos, épicos y

(1) *La España del Cid*. Tomo I, Madrid, 1929, p. 341.



dramáticos, más novelistas e historiadores, que muchas otras ciudades de rancia cepa castellana, como Burgos, Valladolid y hasta la misma imperial Toledo, cuna de Garcilaso. Bastará con recordar aquí los nombres de Gil Polo, Guillem de Castro, Artieda, Tárrega, Aguilar, Virués, Castillo Solórzano, Luján, Moncada, y otros no menos insignes.

En cambio, durante los siglos XVI, XVII y XVIII de apogeo de la cultura española, no asoma ningún escritor de valía en valenciano, y así continuó hasta que en la segunda mitad del siglo pasado surgió el llamado Renacimiento lemosín. Vanos fueron los esfuerzos de los grandes amadores y panegiristas del valenciano, los Martín de Viciano, los Carlos Ros, los Luis Galiana, para avivar el rescoldo lleno de ceniza del viejo hogar de la lengua de Ausias March y Jaime Roig.

* * *

La cuestión onomástica se complica todavía más al terminar la Edad Media, y al sonar para nuestras letras, en el siglo XVI, la hora de la decadencia. Los sucesos históricos que sobrevinieron entonces, cambiaron por completo el escenario donde había hecho tan lucida figura nuestra habla materna. Ya no sólo Valencia, todas las regiones donde como única soberana había dominado, perdieron a la sazón en absoluto el sentimiento de su triple solidaridad política, idiomática y literaria. La fecundidad de la cultura catalana en los días en que se expresaba en su propio idioma, se trocó en esterilidad o en híbrido y raquíptico provincialismo.

En cambio, la gloriosa monarquía intelectual de la España castellana, se extendía hasta las márgenes del Tíber sagrado y del Sena; hasta el Danubio y el Rhin, poblado de leyendas; hasta la solitaria Albión, y las lagunas bátavas, hasta las lejanas tierras escandinavas, mientras ahogaba, como acabamos de ver, las restantes producciones peninsulares. En Portugal se escribió más en español que en portugués. El Cid, Don Quijote y Don Juan, reciben carta de ciudadanía en todos los países del viejo continente, y se transforman en héroes mundiales. Cogidos del brazo de cualquiera de ellos, nos podemos pasear por todos los vergeles encantados de la inspiración humana. La poderosa monarquía española, ceñida con eterna diadema solar, aspiraba a imponer al mundo un monarca, un imperio, una espada. Delante de tanta grandeza, latía férvido en todo corazón español un profundo sentimiento nacional, más vivo aún que en aquellos días que del pecho de San Isidoro, el gran educador de la Edad Media, se exhalaba aquel tierno grito de añoranza patria: *Omnium terrarum formosissima es, ¡oh mater Hispania!*

Con esta prepotente soberanía confundió desde principios del siglo XVI sus destinos la antigua victoriosa confederación catalano-arago-

nesa, que tuvo príncipes que fueron almogávares con regia diadema, y apóstoles del pensamiento que recorrían mares y tierras con actividad frenética de almogávares, y que ciñó su realeza con los esplendores de la inmortal Acrópolis ateniense. Mas hemos de consignar sinceramente un hecho histórico, aunque parezca aquí comentario poco grato, y es que que al atrofiarse, o por mejor decir, al momificarse entonces nuestro antiguo organismo político, enmudeció por lo pronto la lengua catalana, y se agostó del todo su fecunda producción. De su espléndido manto de soberana hicieron tres menguados retazos las tres regiones levantinas, que constituyeron un día su imperio, y en lugar de una sola literatura nacional, surgieron tres empobrecidas y aplebeyadas literaturas dialectales, en Cataluña, Valencia y Mallorca, sin lazo de cohesión que las uniera. Perdió también aquella rica habla escrita, que Boades apellidaba *la més polida de Espanya*, su castiza fisonomía catalana, y la popular, la única sana y espontánea, se mantuvo huraña y apartada, sin contacto alguno con aquella jerga fronteriza que puso de moda la musa chabacana del vallfongonismo a la vez prosáica y culterana.

Esta lengua no contagiada, castiza y popular, conservó también su identidad, porque falta de cultivo erudito, no tuvo ocasión de sentir el influjo del brillante Renacimiento del siglo xvi, que alteró profundamente las grandes literaturas europeas, y estableció un divorcio completo entre el pasado y el presente de los pueblos, enterrando la Edad Media, y creando doquiera, menos en España, cuyas letras conservaron siempre un carácter más tradicional y nacional, literaturas netamente aristocráticas. No pudo ser, pues, en Cataluña el Renacimiento (desde el momento que permaneció alejada de él), una interrupción, una solución de continuidad, entre la Edad Media y la época moderna.

Sentados estos precedentes, no hay que decir cuán distinta ha sido la suerte de nuestro *catalanesch*, comparado con la de las demás lenguas neolatinas más afortunadas. Para las grandes literaturas europeas, su edad de oro, sus mejores producciones, hay que buscarlas en los siglos xvi, xvii y hasta en el xviii. No hablamos del xix porque éste corresponde ya a una nueva y poderosa evolución literaria: la del Romanticismo. Para nosotros, las obras escritas en estos tres siglos no son más que materia bibliográfica que prueba el uso constante de un idioma casi moribundo. Los términos están invertidos. Para la literatura francesa, por ejemplo, la producción de la Edad Media entra sólo en el dominio de la arqueología literaria. En cambio nuestra producción medioeval es para nosotros cosa viva. Nuestros desdichados siglos de decadencia son como una estéril y vastísima llanura que nos permite ver las lejanas pero elevadas cumbres de nuestra antigua y rica cultura. Está más cerca de nosotros Martorell,

con su *Tirant lo Blanch*, del siglo xv, que el mediocre y castellanizado Fontanella del xvii.

Son hechos todos estos que hemos querido hacer patentes para explicar el cambio de posición lingüística de nuestros siglos de decadencia. Ellos tuvieron, para nuestro idioma, incalculables y fatales consecuencias. La más visible es el absurdo poliglotismo que se proclamó, más bien que se engendró, en el relativamente vasto territorio de lo que un tiempo se dió en llamar *lengua de oc*, donde surgieron tantas lenguas independientes, cuantas son las regiones que le constituyen. Así se desmenuzó el común vernáculo en un atomismo peregrino, hijo de la ignorancia o de la vanidad comarcana y hasta lugareña. Si una inesperada reacción no le hubiera detenido en su camino, las consecuencias hubieran sido fatales. El carácter del dialectismo es el de tender siempre a la disgregación y al aislamiento, precursores de la muerte. .

El poliglotismo aparece en esta forma aguda en el siglo xviii, y durante todo el xix toma ya cierto aspecto didáctico, invadiendo el campo de la gramática y del vocabulario. Los autores de obras de este género, posteriores al Romanticismo, dan señales manifiestas de un desconocimiento total, voluntario o involuntario, del brillante movimiento de reacción literaria a que nos referíamos, reintegrador del idioma. Viven anquilosados dentro la tradición lingüística del siglo xviii.

La aparición de la gramática es, en el dominio catalán, un hecho muy tardío, casi reciente, por lo mismo que no le alcanzó la hegemonía del Renacimiento clásico, que fué en realidad el que planteó el problema de la valorización de las lenguas y el promotor de tal linaje de estudios. Puede decirse que casi todas las gramáticas escritas en el siglo xix, en los distintos sectores de aquel dominio, obedecen en gran parte, a un criterio caprichoso de independencia localista, sin otra guía científica que un estrecho empirismo. Hubo, como es natural, honrosas excepciones y los nombres de Milá, Morel Fatio, Balari y Pompeyo Fabra, lo atestiguan con claridad meridiana. A partir del presente siglo, desde 1900, es cuando los estudios relativos al catalán han tenido un desarrollo plenamente científico; cuando en él han triunfado definitivamente los métodos de la moderna filología (1).

La antorcha de esta severa ciencia ha proyectado nueva luz sobre los cerrados dominios de esta especie de feudalismo glotológico, complaciéndose en estudiar todas las variedades dialectales, por minúsculas que sean, para aportar nuevos datos y aplicarlos al lenguaje dominante. No penetraré en este camino, que me desviaría de mi intento, y que se sale de la jurisdicción de mis conocimientos, y me detendré sólo en registrar las

(1) *Revue de linguistique Romane*, París, 1921. A. Grier. *Le domaine catalan* (compte-rendu retrospectif jusqu'en 1924), p. 35-113.

variedades dialectales en el campo puramente literario, que es donde se ha dado la batalla, alzándolas como bandera de rebeldía contra el credo de la integridad idiomática.

Vamos, pues, a pasar revista, pero muy somera, a las modalidades del catalán, que no se han contentado con afirmar su diferenciación, sino que han aspirado a la ambiciosa categoría, en mayor o menor grado, de lenguas independientes, legisladas por gramáticas y recogidas en diccionarios peculiares. Este será el reverso de la medalla: el anverso lo podremos contemplar, cuando más adelante hablemos de las pruebas históricas de la conciencia común del idioma. Los escritores serán en esta cuestión los partidarios más convencidos de la doctrina ortodoxa, en cuya defensa la filología, si a ella tratáramos de acudir, nos hubiera deparado los más irrefutables argumentos. Las modalidades dialectales a que nos referíamos, que vamos ahora a ver convertidas por algunos gramáticos y escritores en flamantes idiomas son: el valenciano, el mallorquín, el menorquín, el ibicenco, el alguerés, y hasta cierto punto, más de hecho que de derecho, el rosellonés, que nunca en rigor se ha considerado distinto del catalán.

De la diferenciación del *valenciano* harto hemos dicho ya, para que tengamos que insistir en ello. La afirmación de lengua valenciana en textos didácticos se nota ya en el siglo xv, en el frasario, más que vocabulario, puesto en latín, que forma parte del *Liber elegantiarum* del notario Jaime Esteve, impreso en Venecia en 1489, *latina et valentiana lingua exactissima diligentia emendatus*; pero el verdadero iniciador de los estudios lingüísticos valencianistas es Carlos Ros, notario también, que escribió en la segunda mitad del siglo xviii, y a cuyo fervoroso entusiasmo por su habla materna hemos hecho alusión anteriormente. Por ser sus escritos muy divulgados por los bibliógrafos valencianos y por no tener verdadero valor científico, omitiré aquí, en gracia a la brevedad, su nomenclatura. Los gramáticos valencianos de más valer, Pérez Nieto, Nebot y Pérez (1), P. Luis Fullana y S. Guinot, etc., son ya contemporáneos. De un interesante y antiguo estudio del segundo, sobre el dialecto valenciano de la Plana, hizo un concienzudo extracto el señor Morel Fatio en 1885 (2). De los múltiples trabajos del P. Fullana sobre el valenciano no he de hablar, porque todos tenéis presentes los elogiosos comentarios que le dedicó nuestro compañero y eminente filólogo don José Alemany. Excusado es decir que, en todas estas obras gramaticales se

(1) Este gramático niega que el valenciano sea el catalán. Años antes C. Llombart en su *Ensayo de ortografía lemosino-valenciana* sostiene que nuestra lengua nació en Limoges. Puig y Torralva paga también tributo al lemosinismo en su *Historia gramatical de la lengua lemosino-valenciana*. (Valencia, 1883).

(2) *Rapport sur une mission philologique à Valence*, París, 1885, p. 15 y sigts.

hace siempre la afirmación rotunda de que están consagradas a la lengua valenciana.

Ya hemos visto cuan grande fué siempre la adhesión de Mallorca a su patria de origen. Cuando hablemos de la unidad de la lengua, insistiremos aun en este punto. No es de extrañar, pues, que en esta rápida exhibición de presuntuosas metamorfosis lingüísticas, sólo aparezca la *Gramática de la lengua mallorquina* de Juan José Amengual, publicada en Palma en 1835. Pero cabe a Mallorca la honra de haberse escrito en ella, con el título de *Gramática catalana*, por Tomás Forteza, uno de los mejores estudios de este género.

Al revés de Mallorca, la pequeña isla de Menorca es una de las regiones del dominio catalán que ha tenido más empeño en afirmar su personalidad lingüística independiente. Un autor anónimo publicaba en 1904 unos *Principis de la llengua menorquina*; en 1821, A. Ferrer, su *Gramática de la llengua menorquina*, y Julio Soler, en 1868, una nueva gramática en castellano de la misma lengua. No todos los gramáticos han adoptado idéntica calificación. Dígalo sino Jaime Ferrer, que dió a luz en Palma en 1872, un *tratado de analogía del dialecto menorquín*. El escritor que acabo de citar emplea también, para designar su lengua materna, el nombre de *mahonesa* (1).

Pero *paulo majora canamus*. En el siglo XVII hubo un hijo de la Balear menor que se atrevió a escribir una traducción del texto griego del Nuevo Testamento en lengua menorquina. Se conserva en la Biblioteca de Oxford (2).

El tercero de los dialectos baleares, producido por el aislamiento insular y el que quizá se ha mantenido más fiel a la tradición de la lengua materna, es el ibicenco. No tiene en realidad literatura, ni gramática propias, pero los habitantes de la pequeña isla llámanle *ibicenco*, y así bautizan lo poco que en su habla se ha publicado (3).

Dos dominios del catalán se conservan aun hoy fuera de nuestras fronteras políticas, que fueron un día territorios sujetos a la confede-

(1) Vid. *El Bien Público*, de Mahón, de 1892, donde considera el por él llamado *mahonés* como un quinto dialecto de la lengua catalana. Es autor también de una *Quartilla del dialecto menorquí*, Meó, (sic), 1857. Me place consignar aquí que el eminente filólogo alemán H. Schuchard da el nombre de catalán al dialecto menorquín en su estudio sobre el que hablaba una colonia menorquina de la Florida, hoy desaparecida: *Zur Verbreitung des Katalanischen*. Vid. A. Alcover. *Pertret*, etc., p. LXXXVIII.

(2) *El Nou Testament de Nostre Señor Jesucrist, traduit del grech en llengua menorquina*. M. S. Bib. Oxford. AL, 21, S. XVII. Nº 65 del *Repertori de manuscrits catalans*, por Pere Bohigas. (*Estudis Universitaris Catalans*. Vol. XII; 1927).

(3) La única publicación vernácula que conozco de Ibiza, la capital de la isla de este nombre, es un folleto en el cual su autor se guarda de hacer ninguna profesión de fé lingüística: J. Macabich. *Notes de bona cristiandad*. Ibiza, 1918. Pero a sus poesías escritas en su dialecto local, les da el título de *Eivissencas*.

ración aragonesa, y después a la monarquía española, a saber: el Rosellón, al otro lado de los Pirineos, y la ciudad de Alguer, más allá del mar, en Cerdeña.

En el Rosellón, al igual que en el Vallespir y en el Conflent y en la parte de Cerdeña que el tratado de los Pirineos adjudicó a Francia, se ha conservado siempre viva la tradición catalana, a pesar de la avasalladora centralización de la nación vecina. En rigor el dialecto rosellonés actual no es un desenvolvimiento orgánico y natural del catalán, sino una deformación suya debida a la influencia francesa, y a pesar de todo, siguen los roselloneses llamándole catalán. Sus gramáticos al frente de sus tratados, desde Puiggari a Pastre, hasta el mismo Saisset, tan enamorado del dialectismo, han conservado siempre el nombre del idioma materno. Se puede decir que el rosellonés no empezó a tomar forma dialectal hasta después de la anexión del Condado a la nación francesa. Su primera gramática, la de Pedro Puiggari, que vió la luz en Perpiñán en 1857, nació abrazada ya al Renacimiento literario de Cataluña. En efecto, en ella inserta su autor un largo fragmento del prólogo del *Gayter del Llobregat*, con el título de *Apología de la lengua catalana*, y otro de la *oda a Barcelona*, de la misma obra, en su forma original, acompañada de una traducción al francés por Mr. Argiot (1).

Ya insistiremos más adelante acerca de la filial adhesión del Rosellón a su cultura ancestral.

Perdido en medio del mar, hacia el Oriente, se encuentra un antiguo pedazo de Cataluña, incrustado en la grande isla sarda. Colocado en su costa occidental, mira frente a frente a la que fué su metrópoli, de la cual fué separado en el siglo XVIII en virtud del tratado de Utrecht. Este pedazo de Cataluña lo constituye la sola ciudad de Alguer, que cuenta con unos doce mil habitantes. Son directos descendientes de los Catalanes con que Pedro IV la repobló en 1354, para acabar con la tenaz resistencia del país. Desde entonces conservan su lengua materna, que fué transplantada a su recinto juntamente con las leyes y constituciones de Cataluña. El dialecto bastardeado que hablan hoy sus moradores es bautizado por ellos con el nombre de alguerés. Como el rosellonés, no es hijo de un desenvolvimiento filológico natural, sino de la superposición de una lengua poderosa extraña, la italiana, mezclada con elementos sardos de los dialectos que rodean la actual población. Este dialecto amenazado de próxima muerte, ofrece una marcada tonalidad italiana. Tan inconsciente es del origen de su lengua el vulgo que la conserva, que cuando un alguerés oye hablar a un catalán le pregunta candorosamente dónde ha aprendido el habla de su pequeña ciudad nativa. No así las personas

(1) *Grammaire catalane française à l'usage des français...* par M. P. Puiggari. Perpignan, 1852, 154 p. en 8º.

ilustradas y los escritores que la cultivan, que son en mayor número de lo que pudiera creerse dado el reducido territorio de su dominio. El alma catalana arranca alguna vez de la lira de los poetas alguerenses, como ya tendremos ocasión de ver, acentos de la más profunda añoranza. Parecen como quejidos de dolor de una lengua aislada, abandonada sin esperanza a sucumbir en lenta agonía.

En este dominio, como no sea por la boca del vulgo ignaro, no hay que registrar fanfarronería alguna dialectal. Los gramáticos y filólogos que han estudiado esa curiosa modalidad lingüística, lo han hecho con singular amor y competencia científica. Los nombres de Morosi, Guarnerio y Palomba, para no citar más que los italianos, no me dejarán mentir.

Al fraccionamiento glotológico que acabamos de abocetar, producido por tan diversas causas y, por cima de todas, por distintas superposiciones castellanas, francesas e italianas, la historia nos dice que todavía hubiera podido añadir el destino un nuevo sector dialectal, si el transcurso de los siglos no lo hubiera extinguido. Ya indiqué antes, que Muntaner afirma en su *Crónica* que en su época se hablaba en Murcia *el pus bell catalanesch del mon*, es decir, el más castizo catalán. Pues bien, si este lenguaje continuara siendo hoy patrimonio del antiguo reino de Murcia, conquistado por Don Jaime I, y poblado de Catalanes, es seguro que no se le bautizaría hoy con el nombre legítimo que le dió el candoroso cronista, sino con el de *murciano*.

De él han quedado muy leves reminiscencias en el habla de dicha región, que mi sabio maestro Milá y Fontanals fué el primero en anotar (1).

¿Qué otro mejor y más oportuno comentario podríamos poner ahora al cuadro que acabamos de trazar, que el donosísimo que este mismo hecho sugirió a nuestro D. Juan Valera? “Bueno, dice, que se escriban tres lenguas literarias en la península; portugués, castellano y catalán; pero si también se empeñan en que siga habiendo... mallorquín y valenciano, ¿por qué no ha de haber lengua malagueña, y lengua jerezana o cordobesa?... Haya en la península tres idiomas literarios; pero no haya más, ¡por los clavos de Cristo” (2). Y a este propósito cita el ejemplo de Italia, que si bien es verdad que ha tenido autores que han escrito en siciliano, en napolitano, en veneciano, y en otros dialectos, jamás hubo allí esa persistencia y ese empeño de convertir en idioma perfecto y nacional cada uno de esos dialectos, rompiendo la unidad mental de la cultura italiana...

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I época, Vol. 7 (1877), p. 200.—Vid Sevilla, A., *Vocabulario murciano*, Madrid, 1919.

(2) *Obras completas*. Tomo XXVIII, p. 52 y 53.

“Rota está aquí (en España), pero por piedad no se desmenuce y se convierta en átomos” (1).

Mas todo esto nada significa ante el tribunal de la historia y de la ciencia filológica, por más que sus fallos no sean tenidos en cuenta por ciertos gramáticos que a ellos ningún argumento sólido pudieran oponer. ¿Qué importa? La realidad viva no puede falsearse. Todos tenemos un mismo origen histórico, todos llevamos el mismo acento en los labios; todos nos reconocemos como hermanos, al oírlo, y más de una vez, catalanes, valencianos, roselloneses y mallorquines le hemos bautizado con el dulce nombre de *nostra parla*, para alejar toda idea de soberanía o vasallaje; para significar que en este punto no hay vencedores ni vencidos. A la unidad no sólo tiende la verdad, la unidad es condición esencial de la belleza. La falta de cohesión, achica, empobrece el ideal. El nombre histórico y científico de esta *parla* común, no es ni puede ser otro que el de lengua catalana. Los historiadores de nuestras letras y los filólogos más eminentes nacionales y extranjeros así lo reconocen. *Das Katalanische* tituló su magistral estudio, el más sólido que aun hoy día tenemos sobre nuestra lengua, el eminente hispanista A. Morel Fatio (2), y lo mismo hace el autorizado filólogo alemán Meyer-Lübke (3). Mas donde el plebiscito unánime de la ciencia, en el reconocimiento del catalán como una sola lengua sustantiva, se ve más manifiesto, es recorriendo las dos ricas bibliografías de cuantos estudios y trabajos se han publicado acerca de él, dentro y fuera de España, redactadas respectivamente por los dos sabios filólogos, Mosén Antonio Alcover y Mosén Antonio Griera, en 1915 y en 1924 (4), balear aquél, catalán el segundo. Sólo en la bibliografía del primero se da noticia de 1.245 obras sobre la lengua catalana.

Sin embargo ya mucho antes que la filología moderna, habían aceptado la unidad de nuestro dominio lingüístico, en aquella parte cabal-

(1) *Ibidem*, p. 52.

(2) Publicado en el *Grundriss der Romanischen Philologie*, de Gustav Gröber, Strasburg, 1904, p. 843-977.

(3) *Das Katalanische*, Heidelberg, 1925.

(4) Mosen Antonio Alcover. *Perret per una Bibliografia filológica de la Llengua catalana*. En este catálogo, tan nutrido como interesante, se anotan 78 gramáticas; 793 estudios gramaticales sobre diversos temas; 82 diccionarios y 292 vocabularios. A este conjunto han aportado su contribución además de los catalanes, que son la mayoría, 80 mallorquines; 10 valencianos, 9 roselloneses; 4 menorquines; 1 italiano y 2 algereses. Es curioso observar que entre los escritores extranjeros que han estudiado nuestro idioma se cuentan 126 alemanes, 69 franceses y 18 italianos. Los de otras naciones son en menor número. Al esfuerzo meritísimo de Mosen Alcover hay que añadir otro estudio no menos laudable, más reciente, sobre el mismo asunto, que en cierta manera le complementa. Su autor es el citado Mosen A. Griera, quien extiende la estadística bibliográfica hasta el año 1924. (*Revue de Linguistique Romane*, París, 1925, t. I, p. 35-113. A. Griera, *Le Domain Catalan*, comperendu retrospectif jusqu'à 1924).

mente en que ha sido más discutida, algunos escritores nacionales, que se preocuparon de este problema y trataron de explicarle a la incierta luz de su escasa preparación científica. Véase lo que decía acerca de él Juan de Valdés: “La lengua *valenciana* es tan conforme a la catalana *que el que entiende la una entiende la otra*, porque la principal diferencia consiste en la pronunciación, que se llega más al castellano...” (1).

Una afirmación semejante hacía el fervoroso panegirista del valenciano, fray Luis de Galiana, en 1763. Escribiendo a Carlos Ros, le decía que de su libro se quedarían en Valencia, Cataluña y Mallorca muchos ejemplares, por ser la lengua de todos estos reinos *una en la substancia, y aun casi en el modo de hablarla, si nos remontamos a fecha más antigua* (2).

No podíamos aducir declaración más básica que estas palabras del fraile valenciano, para ostentarlas a guisa de lema de la última parte de nuestro discurso, qué consagraré, como os dije, al problema de la unidad literaria del idioma catalán, la cual, espero dejar plenamente demostrada, a pesar del tenaz, más que fundado, cisma valencianista. Como el P. Galiana nos remontaremos ante todo a la lejana época que él indica o recomienda; o sea a los siglos XIV y XV, que son los de mayor apogeo y cultura literaria de nuestra lengua, los de su mayor expansión geográfica, y de su más manifiesta cohesión. En efecto; si se nos presentara un documento cancilleresco escrito en tales calendas, en Barcelona, Valencia, Mallorca, Perpiñán, Caller, Palermo, Nápoles, Tebas o Atenas, pues que de todas estas ciudades se han conservado, e ignoráramos el lugar de su procedencia, se nos haría imposible el determinarlo sin otras pruebas que el mero testimonio lingüístico. En averiguar este problema en ciertas obras de autor anónimo, se ha ejercitado hartas veces estérilmente la paciencia de nuestros más conspicuos eruditos. Se ha afirmado con mucha razón que hasta que los documentos no nos evidenciaron la patria valenciana de Jordi de Sant Jordi, el gran lírico del siglo XV, nadie sospechaba al través de sus versos, su origen valenciano (3). Un caso parecido se nos ofrece con el popular escritor del siglo XIII y principios del XIV, Arnaldo de Vilanova, que fué tenido por catalán hasta que recientemente se puso en claro que era natural de Valencia.

Y lo más asombroso es que esta unidad no sólo se ve palpable en aquella época, en los dominios internos, sino, como os acabo de indicar,

(1) *Diálogo de la lengua*. Edición Calleja, 1919, p. 63.

(2) «per ser la llengua de tots estos regnes una mateixa en la substancia y encara casi en lo modo, si parlem de feja mes antiga.» Aun que no se aduzca en él este texto, véase el artículo de F. Almela y Vives, *Fra Lluís Galiana i la nostra llengua*. (*La Paraula Cristiana*, 1927, abril, pp. 230 y sigts.).

(3) L. Nicolau d'Oliver. *Literatura catalana*. Perspectiva general, Barcelona, 1917.

hasta en los exteriores. Todos los documentos que de ellos se han salvado, parecen extendidos por una sola cancillería real, la de Barcelona. Se podría hacer con ellos una curiosa antología diplomática catalana, en la que aparecerían las más diversas y apartadas ciudades de las tres penínsulas e islas del Mediterráneo, sujetas al cetro de nuestros reyes.

Del alto prestigio e influencia que la lengua catalana logró en aquella sazón, en nuestra cancillería, aun en los tiempos que más desfavorables parecía habían de serle, únicamente citaré un solo testimonio, pero muy significativo, y que vale por muchos, porque ya comprenderéis que he de ser con ellos muy parco, para no dar excesivas proporciones al presente discurso. El os pondrá de manifiesto que nuestra lengua fué la familiar de los reyes de Aragón, contra lo que algunos presumen (a pesar de la declaración categórica de Zurita), aun después de haberse extinguido la prosapia de la casa condal de Barcelona, que durante cinco siglos rigió los destinos de la confederación aragonesa; esto es, en los días que reinaba en ella la línea castellana de los Trastamaras. Una de las reinas de esta dinastía que más amor mostró a la lengua y a las letras catalanas, fué doña María de Castilla, esposa de Alfonso V el Magnánimo, el conquistador de Nápoles, hija de Enrique III el Doliente. Muchas cartas íntimas se conservan de ella en catalán dirigidas a su esposo, durante su larga permanencia en Italia. Mujer de altas virtudes y de hondo espíritu místico, hizo de las obras de los escritores piadosos catalanes su lectura predilecta. Ciertamente amó también el trato de las letras castellanas, como lo prueba que fuera *El Conde Lucanor* uno de los libros que deseaba adquirir, pero no constituyeron ellos su alimento intelectual exclusivo. En el curioso catálogo de su librería particular hecho en 1458, poco después de su muerte, quizá el arsenal más copioso de la literatura catalana religiosa del siglo xv, entre los 71 libros de que consta, sólo *seis* son castellanos; en cambio los catalanes están en considerable mayoría, pues alcanzan la cifra de *cinquenta y dos* obras distintas (1).

Obligado a proceder con gran parquedad (*spatiis exclusus iniquis*) delante del ingente ponto diplomático del Archivo de la Corona de Aragón, me ha parecido, repito, que ningún testimonio podría ofreceros más elocuente y representativo de la avasalladora hegemonía medioeval de nuestro romance dentro de los mojones de la monarquía federativa, que el amor a aquél y a nuestra cultura, mostrados por una soberana suya

(1) *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, tomo X, Barcelona, 1928, p. 213 y sigts. Contiene un detallado estudio de los libros citados en el Inventario de la Biblioteca de Doña María de Castilla, por Fernando Soldevila. Dicho inventario, que ha sido reproducido varias veces, fué hallado en el Archivo Histórico de Valencia. Por vez primera fué publicado en la *Colección de Documentos históricos* de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, en 1872.

de origen castellano, que estaba casada además con un monarca de espíritu castellanísimo, del cual decían los italianos *la Maestà del Re parla sempre spagnuolo*.

Más interés todavía nos ofrece nuestra cancillería respecto del empleo en ella del catalán, por parte de algunos monarcas extranjeros, como el Rey Roberto de Nápoles, uno de los hombres más instruidos del siglo XIV (1). Hasta en la corte pontificia de Aviñón era comprendido. Clemente V pidió en una ocasión a un procurador de Jaime II, si este rey tenía alguna instrucción sobre el estado de los reinos de los sarracenos; fue respondido que sí, mas sólo en catalán, y el Papa replicó que no importaba, pues lo entendía perfectamente. En otra circunstancia se excusó otro procurador delante de Juan XXII, de no saber expresarse en latín, y el Papa replicó que podía hacerlo en romance, y añadió: *Digats ho, que be us entendrem* (2). Excusado es decir que el embajador catalán informó ante el Pontífice en su lengua vernácula. Poco más de dos siglos más tarde se registra el mismo caso con respecto al castellano, pero tomando ya un gesto imperialista. El 17 de abril de 1536, el emperador Carlos V pronunció su discurso en dicho romance ante el papa Paulo III, rompiendo con la costumbre de hacerlo en latín, justificándolo con la afirmación de la nobleza del español (3).

Vayamos ahora a decir algo, muy sumariamente también, de la unidad que el catalán presentaba en los siglos XIV y XV, en sus dominios transmarinos. Comencemos por Cerdeña. Desde 1327 en que las huestes de Aragón conducidas por el infante don Alfonso se apoderaron de Caller, la capital de la isla, hasta 1720, en que fué anexada al Piemonte, puede bien afirmarse que dicha isla fué una extensión de la confederación aragonesa, o hablando con más propiedad de Cataluña.

La lengua catalana era la predominante y la oficial, hasta tal punto que aun fué empleada en el último parlamento celebrado en Caller en 1699, si bien en el siglo XVI compartía ya muchas veces su dominio con el castellano. Pero como hemos visto, la ciudad catalana por excelencia fué la de Alguer, verdadera colonia nuestra, por haber sido repoblada por el rey Pedro IV con naturales de Cataluña. Boades en su *Libre dels feyts d'armes de Catalunya* escrito en 1420, dice (4) que en Cerdeña se hablaba un catalán tan puro como en Cataluña, y Cristóbal Despuig, escritor del siglo XVI, afirma que en muchos puntos de la isla los moradores conservaban la lengua catalana, y añade que los caballeros y

(1) H. Finke, *Acta aragonensia*, Berlin und Leipzig, 1908. Doc. 226, 434, 442 y 447.

(2) Finke. Op. cit. Doc. 147, 901, etc. A veces los embajadores del rey de Aragón mezclaban con el latín de los papas expresiones catalanas de éstos.

(3) A. Morel Fatio. *L'espagnol langue universelle*. R. H. T. XV, pp. 207-225.

(4) Pág. 401.



las personas de rango y finalmente todos los que negociaban, hablaban catalán, porque era allí la lengua cortesana (1). Todavía en el siglo XIX, en 1850 se imprimió para la diócesis de Alguer un catecismo en catalán (2), hecho peregrino si se tiene en cuenta que en Valencia, en la pasada centuria los preladados habían dejado de imprimir en la lengua del país los libros de enseñanza religiosa.

También en Sicilia, gobernada por una dinastía oriunda de la casa de Barcelona, verdadero satélite de la confederación aragonesa desde los días que fué llamado a regirla Pedro III el Grande hasta fines del siglo XV, la lengua catalana compartió su cetro con el dialecto local en las cancillerías de Palermo y de Mesina. Las leyes marítimas de Barcelona eran las de ésta y otras ciudades del reino. Agosta fué poblada por catalanes, y en Catania alcanzaron éstos tanto predominio, que fué tenida como *caput et protectrix omnium Catalanorum*. Tan corriente y vulgar era nuestro idioma en ciertos puntos de la isla, que llegaban a aprenderlo los mismos extranjeros, como le sucedió al último Duque francés de Atenas, Gualtero de Brienne, que sucumbió en la batalla del Cefiso en Grecia a manos de los almogávares, del cual afirma Muntaner que por haberse educado en Agosta *feyas amar a Catalans e parlava en catalanesch*. En el dialecto siciliano moderno se sorprenden aún muchos vocablos de nuestra lengua (3).

En el reino de Nápoles que Alfonso el Magnánimo engarzó a la Corona de Aragón, el catalán fué la lengua predominante en su cancillería y en él se escribieron las cédulas del Tesoro hasta 1480 (4).

Y no fué sólo en Sicilia y Nápoles donde resonó en la Edad Media la lengua de nuestros antiguos Condes-Reyes. Ya hemos visto que en el siglo XIV dos papas franceses de Aviñón, hacían gala de entenderlo. Pero nunca pudo merecer con más razón el dictado de lengua de Reyes y de Papas, como cuando en el siglo XV suben al trono pontificio los famosos Calixto III y Alejandro VI, del linaje ilustre de los Borjas, originarios de Valencia. Este último empleaba siempre en las cartas su

(1) *Col·loquis de la insigne ciutat de Tortosa*. Publicados por vez primera en Barcelona en 1877. Ed. de *La Renaixensa*, p. 20. En Caller se imprimió a fines del siglo XV un *Spill o mirall de la Sancta Igleya*, traducción de Hugo de Sto. Caro, y una *Vida y miracles del benaventurat Sant Antiogo*, compuesta en la misma época, se imprimió, en Caller, a mediados del siglo XVI.

(2) Se publicó por orden del obispo de Alguer, Mons. Pera Rafel Arduino y lo imprimió en Caller, en dicho año.

(3) Conrado Avolio, *Introduzione allo Studio del Dialetto Siciliano*. Noto, 1882. Respecto de los escritores de nuestra tierra que han tratado de la influencia y de los recuerdos de Cataluña en Sicilia, nos limitaremos a consignar aquí los nombres de J. Pijoan, Nicolau d'Olwer y Valls Taberner.

(4) Muchas fueron publicadas por el ilustre hispanista y gran pensador italiano Benedetto Croce. Nápoles, como Sicilia y Cerdeña, tuvo también su ciudad netamente catalana. Fué ésta Ischia, isla poblada por Alfonso V con catalanes.

materna lengua, al escribir a sus parientes de la ciudad del Turia. Entonces fué cuando llegó a decirse en Roma *La Chiesa e nelle man d'un catalano* (1).

Un siglo antes que en el reino de Nápoles, la lengua catalana alcanzó en la Grecia continental otro dominio mucho más apartado y más estable.

El resultado más extraordinario e inesperado de las legendarias hazañas realizadas por los catalanes y aragoneses en Oriente, desde 1303 hasta 1311, fecha de su establecimiento definitivo en la antigua Helada, fué, sin duda, la fundación bajo el título de Ducado de Atenas y Neopatria, de un nuevo estado medioeval de estirpe catalana, que vino a ser por su lengua, su legislación y su constitución social, como una nueva Cataluña, trasplantada al solar de los dioses y de las gracias. Mi buena fortuna me ha deparado, en mis investigaciones sobre su historia, el descubrir los escasos, pero preciosos testimonios diplomáticos, en lengua catalana, que de las ciudades de Atenas, Tebas y Amphisa (la Salona medioeval) han llegado hasta nosotros. Me limitaré a comentar aquí el más importante de estos testimonios, que hallé en la pródiga cantera de nuestro Archivo real de Barcelona y que di a conocer hace cuarenta y tres años con el nombre de *Capítulos de Atenas*, redactados en esta ciudad el 20 de mayo de 1380, para proclamar su anexión a la madre patria. Ninguna pieza pudiéramos alegar de mayor valor histórico, para probar la solidaridad política y lingüística que logró nuestra raza extendida en el siglo XIV por tan diversos y lejanos dominios. Es este documento, del cual tantas veces hemos hablado, el más extenso que de nuestra soberanía en Grecia ha llegado a nuestros días, y tiene por ello mismo una inmensa importancia filológica e histórica. Está escrito en el más castizo catalán, e inspirado por un profundo, y casi diré nostálgico amor a Cataluña, a sus leyes y a sus instituciones. Su estilo es vigoroso y solemne, y en los párrafos finales, sobre todo, cuando los prohombres catalanoatenienses piden humildemente hincados de hinojos (*genolls ficats en terra*) su incondicional y perpetua incorporación a *la sacrosanta corona d'Aragó*, con exclusión de cualquier otra soberanía extranjera, toma la expresión una efusión férvida, grandiosa, elocuente. Milagro verdaderamente de inexplicable atavismo es el que tan patrió-

(1) Puede verse mucha de esta íntima e interesante correspondencia publicada por el canónigo catalán Mossen Jaime Collell, y el valenciano D. Roque Chabás. Pero son todavía un documento tan curioso como estas cartas, escrito también en la ciudad u sede il sucesor del maggior Piero, los capítulos matrimoniales de la famosa Lucrezia Borgia, con motivo de su enlace con el noble catalán D. Querubín de Centelles en 1491, que halló en un archivo notarial romano el historiador alemán Ferdinand Gregorovius, y que en correcto catalán publicó en su vindicación de aquella ilustre dama *Lucrezia Borgia. Urkunden und Correspondenzen ihrer eigenen Zeit von Ferdinand Gregorovius*, Stuttgart, 1873.

tico texto pueda proceder de unos catalanes, nietos ya de los conquistadores, nacidos en su mayoría al pie de la sagrada sombra de la Acrópolis, a cuyos labios tal vez les eran tan familiares los acentos de la lengua de Homero, como los de la de Muntaner. Es un testimonio único en la historia de nuestra expansión mediterránea que no se repite en la cancillería catalana y que no nos ofrecen los archivos de Caller o de Palermo, ni de otras ciudades adonde extendió su cetro la poderosa casa condal de Barcelona. Si dichos capítulos no llevaran al pie el nombre de la docta Atenas, como la apellida Propercio, creeríamos que habían sido promulgados en Barcelona.

* * *

Ya hemos visto cómo la decadencia de los siglos XVI, XVII y XVIII acabó con todos estos esplendores de gloria, y rompió aquel fraternal acento común que como anillo nupcial recibieron Mallorca y Valencia del Rey Conquistador. Nuestro romance cayó entonces en el envilecimiento en que cae toda lengua que se ve desposeída del cetro de la poesía y de la ciencia. Sólo un milagro podía devolver ese cetro de soberana a la que parecía ya hundida en el sepulcro, a la que con razón han llamado catalanes, valencianos y mallorquines la *Morta Viva*; a la desheredada Cenicienta de las hablas latinas. Este milagro lo realizó en el siglo pasado aquel fecundo movimiento espiritual de renovación, que se llamó el romanticismo, el cual dió de nuevo a los pueblos y a los escritores una más honda y hasta entonces desconocida visión del universo, de la vida, de la naturaleza y del arte. No fué este movimiento, para las regiones de la España oriental, mera revolución literaria o académica, sino que al momento ofreció un carácter altamente trascendental. En Cataluña, sobre todo, sintieron la violenta sacudida del temblor romántico, una multitud de almas añoradas que volaban por un cielo lleno de recuerdos.

De las múltiples formas y matices que revistió aquel complejo impulso literario, dejando a un lado su aspecto puramente negativo, de protesta o rebeldía contra la literatura clásica, *oficial*, dos adquirieron singular relieve, y arraigaron con preferencia en cada país, predominando ora uno, ora otro, según su particular idiosincracia racial o colectiva. Como ya en alguna otra ocasión he manifestado, yo me atrevería a denominar estas dos distintas direcciones con dos nombres gráficos, a saber: podríamos caracterizar una de ellas bajo el nombre de *mal du siècle*; podríamos comprender la segunda bajo la divisa de *mal du pays*. No tengo que definir la primera porque hartó se ha escrito sobre ella. Tomó vida vigorosa la segunda dirección en aquellos países donde se sen-

ría una dolorosa añoranza racial, por haber sido violentamente atrofiado su organismo político, o por no haber conseguido plenamente su ideal de reintegración nacional. En las producciones de estos países, el Romanticismo tuvo un carácter de restauración literaria e histórica y aun de medioevalismo. Por ello los escritores de la escuela romántica catalana que sintieron agudamente también el dolor del país, dieron un sentido claramente restaurador y renovador a la tumultuosa agitación romántica, y de ella brotó como consecuencia inmediata la llamada *Renaixensa*.

En 1833, con el canto de Aribau, puede decirse que nacieron a la vez en Cataluña el romanticismo y el renacimiento literario. Fué aquél como un grito misterioso en callada noche oscura. Sonó a los pocos que le oyeron como una voz profética que les despertaba de profundo letargo. Pero antes de que aquel grito de añoranza fuera recogido por un activo apóstol de la nueva cruzada, el alma catalana se había refugiado en una escuela literaria que se sirvió del idioma castellano, juzgando el catalán como sobrado plebeyo e inepto para la alta poesía. Mas esta escuela que negaba su propia lengua, mostraba a la vez en el manejo de la adoptada cierto embarazo y poca soltura. Se distinguía además por una original ideología y por un acre sabor local. Todo ello acababa por convertirse en una manera especial de sentir y plasmar el idioma nacional que le daba aspecto exótico y advenedizo, ante los escritores castellanos, y ponía a dicha escuela al margen del centro cultural de la península; la hacía incomprendida, y la condujo a la postre a su plena bancarrota literaria. Y se repitió entonces, como había sucedido tres siglos antes, y se ha repetido con frecuencia después, el caso de Boscan. Quiero decir que los escritores de nuestra tierra en mayor o menor grado, han encontrado a menudo como decía Aguiló, un Herrera, más o menos divino, que les *ha tentado la ropa y ha descubierto su mal compuesto traje*. Estos modernos Herreras se llamaban ahora Alcalá Galiano, Quintana, Hermosilla, Valera, Alarcón, etc., y los nuevos Boscanes han sido nada menos que un Capmany y Montpalau, un Cabanyes, un Balmes, un Milá y Fontanals, un Costa y Llobera y tantos otros.

Al fin, como insinúa el citado autor de *Pepita Jiménez* (1), los escritores catalanes cayeron en la cuenta de que tal vez habían de encontrar más favorable expresión para sus ideas y sentimientos en su habla materna, que en la adoptiva. Aquélla, en efecto, premió con creces su piedad filial, y surgió al punto, como al contacto de mágico conjuro, el brillante Renacimiento literario que todos conocéis, y que tanta gloria ha dado a las letras de las regiones levantinas. M. Menéndez y Pelayo ha expresado con férvida y bella elocuencia este hecho psicológico de

(1) *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX*; V, 135.

que el verbo nativo sea siempre el más poderoso y directo medio de expresión de la personalidad humana.

“La historia, decía en memorable ocasión, la historia ha demostrado que en el largo período de más de tres siglos, en que los catalanes dejaron de cultivar su patrio idioma, en el larguísimo período que va desde Boscan a Cabanyes y Piferrer, ni un solo poeta de primer orden, ni a duras penas de segundo, nació en esta tierra catalana, y por el contrario tan pronto renació la lengua, retoñó con ella el sentimiento poético, tal como se pueblan los bosques de pájaros cantores al tibio y amoroso soplo de la primavera” (1).

Esta y no otra es la explicación del catalanismo literario que engendró nuestra fértil *Renaixensa*. A este anhelo misterioso de almas añoradas que van en busca de su más íntimo hogar espiritual, obedeció después de Aribau mi padre, que es el que con más enérgica voz proclamó en un verdadero manifiesto, que tal merece llamarse el prólogo que encabeza sus poesías. la necesidad de la restauración de la literatura catalana y del retorno a nuestra lengua. Las aspiraciones de Rubió y Ors estaban todas latentes en el romanticismo tradicional de la época; y habían cristalizado en la escuela literaria castellana, al frente de la cual figuraron los prestigiosos nombres de Milá y de Piferrer. La novedad introducida por mi padre consistía sólo en cantarlas en catalán, y tal vez con más intenso sentido histórico local. Fué aquélla una cruzada sentimental en la que Cataluña luchaba sólo con las armas de la Estética, y cuando con tales armas se combate, toda causa y todo pueblo merecen respeto.

* * *

Bajo la noble enseña de esta restauración literaria de la que Cataluña fué el portaestandarte, muy luego se agruparon Mallorca, Valencia y Rosellón, y más tarde la lejana ciudad alguerresa. Y hétenos metidos de nuevo en nuestro tema, de la solidaridad lingüística y literaria de todos los pueblos levantinos.

La *Renaixensa* planteó en el siglo XIX este problema con una claridad y un sentido de reflexiva conciencia que no podía tener en la Edad Media, en que se procedía sólo por instinto, sin propósito deliberado. No parece sino que Cataluña al exhalar su exultante grito de renacimiento se desviviera al punto por recoger toda la gente de su lengua y de su sangre que creía dispersa o enterrada.

Mallorca, reina del archipiélago balear, digna de figurar en el coro de las *nitentes Cyclades*, cantadas por Horacio, fué la primera expansión

(1) *Jochs Florals de Barcelona*. Any XXX de llur restauració. Barcelona 1888. Discurs de gracies de D. M. Menéndez Pelayo, p. 261.

de nuestra tierra, que le ganó la juventud heroica del gran Rey Conquistador. Fué la primogénita, pues, del *casal* de los Condes de Barcelona. Nada de extraño tiene que lo fuera también de nuestro Renacimiento literario, creando en él una escuela adocrinadora y fecunda en altos ejemplos. Mi larga, bien que modesta vida intelectual, y mis frecuentes viajes a la Balear mayor, me han permitido conocer de *visu* casi todos sus hombres de letras, desde los Epigones de la generación de 1841, —que podemos llamar la de *La Palma*, revista que inició el movimiento romántico de la isla, generación de la que fueron astros de primera magnitud, don José M.^a Quadrado, el colaborador de Balmes, y el sombrío poeta don Tomás Aguiló—hasta muchos de los jóvenes que hoy figuran entre los redactores de la moderna *Revista literaria*; y de propia experiencia he podido constatar el hecho de la franca adhesión de los escritores mallorquines a nuestro movimiento renovador, sin reserva, ni resquemores. Mucho ha contribuído a esta aproximación el que la mayor parte de sus intelectuales reciben en Barcelona su educación universitaria, por no tener Palma universidad propia.

En Mallorca ha nacido Mariano Aguiló, el apóstol más ferviente de la unidad de nuestra lengua, que combatió por ella toda su vida, dedicándole el magnífico monumento de su *Bibliografía de las obras escritas en catalán*, premiada por la Biblioteca Nacional, en la que, como es natural, figuran escritores de todas las regiones de nuestro vasto dominio filológico (1). Aguiló recogió todos los tesoros del vernáculo en los clásicos y en la vivacidad de la boca popular; le limpió de todas las herrumbres y escoria del *patois*, predicó con férvida devoción su culto en todas las tierras donde alcanzaban sus ecos, recogió con avidez y con aquella emoción que tan peculiar le era, los cantos y tradiciones que conservaba la misteriosa *Balanguera* del patrio hogar, que no sólo mira hacia el pasado, sino que guarda también ocultos los gérmenes de la nueva primavera, y ha sido por fin el Mentor de brillantes pléyades de hombres de letras (2). ¿Mas a qué entretenerme con abocetaros esta ingente personalidad, cuando con suntuoso y cálido estilo os la ha hecho revivir de cuerpo entero, mi admirado y querido amigo y compañero, y coterráneo a la vez del gran maestro, Mosén Lorenzo Ribes, que me ha precedido en el ingreso en esta docta corporación?

(1) *Catálogo de obras en lengua catalana impresas desde 1474 hasta 1860*. Madrid, 1927.

(2) Cábeme la fortuna de que a Rubió y Ors debiera en alguna parte su vocación este glorioso Patriarca del Renacimiento catalán. Así se desprende de la carta que en 3 Enero 1844 dirigió a mi padre, el escritor mallorquín antes citado, D. Tomás Aguiló. Dice así hablando de Mariano Aguiló al hacer su presentación. «Tú has sido su antorcha; yo he despertado su ambición... Sin los versos de *La Palma* no hubiera sido poeta, sin el *Gayter del Llobregat* no hubiera sido poeta mallorquín...» Vid. mi Prólogo al tomo IV de *Lo Gayter del Llobregat*. Poesías de D. Joaquim Rubió y Ors. Edició poliglota. Barcelona, 1902, p. XIII.

Después de Aguiló los primeros escritores mallorquines que siguieron su ejemplo fueron: Pons y Gallarza y Gerónimo Rosselló. Al restaurarse en 1859 los Juegos Florales, los mallorquines ya hicieron en ellos un papel brillante. Todos estimaron como un honor el conquistar los supremos laureles apolíneos en sus vergeles. Sólo tengo que presentaros, para probarlo, la gaya compañía de los nueve trovadores de la isla dorada que han alcanzado el codiciado título de *Maestros del Gay Saber*: los Rosselló, Pons y Gallarza, M. Aguiló, Forteza, Picó, Costa y Llobera, Juan Alcover, Mosén Riber y Tous y Maroto. Al propio tiempo ocho ilustres escritores mallorquines, tres de ellos gloria a la vez de las letras castellanas y catalanas, han presidido nuestra apoteósica fiesta literaria (1). De la filial adhesión que ha sentido siempre por Cataluña el estol literario de Mallorca sólo os mostraré aquí un indicio de elocuentísima significación. Le he recogido en el florido campo poético de mi añorado amigo, el exquisito Costa y Llobera, tan admirado por Valera y por Menéndez Pelayo. Tened en cuenta que Costa es el que más que ningún otro ha nacido de las más íntimas entrañas de su tierra: el poeta más representativo de ella, del que se ha dicho que hasta él, el habla de Mallorca no recobró su voz, ni Mallorca se recobró a sí propia. Y sin embargo, ¡cuánto sintió y amó a su vieja patria de origen! En su magnífica oda *Als Pirineus Catalans* canta con viril estro a Cataluña, de la que dice que su solar isleño es carne de su carne y hueso de sus huesos. Los Pirineos son los abuelos inmortales de su amada isla, cuyas montañas tienen en ellos sus raíces: de Cataluña nacen también los manantiales que la riegan; de allá el habla que nunca se aleja de su corazón; de ella por fin se derivan los apellidos y los nombres que llevan los hijos y los pueblos, los valles y los montes de su paraíso mediterráneo.

La moderna poesía mallorquina es una porción no escindible de nuestro fecundo Renacimiento, y la fraternidad es absoluta entre los dos Parnasos; el continental y el insular. Si por una parte los mallorquines han adoptado sin vacilaciones nuestra lengua literaria, nosotros por otra hemos reconocido de buen grado el valor de las ricas preesas con que la patria de Ramón Lull ha engalanado las sienas de la Musa catalana. Gracias a la escuela balear nuestra poesía pudo calzarse el helénico coturno y aprendió a vestirse con aristocrática distinción. Nuestra juventud además, ha oído con respetuosa devoción el *carmen de moribus* que a semejanza de los de Horacio a la juventud de la Ciudad Eterna, le consagró el ins-

(1) He aquí los nombres de los ocho Presidentes mallorquines de nuestros Juegos Florales: Gerónimo Roselló (1873); José Luis Pons y Gallarza (1878); Mariano Aguiló (1888); Ramón Picó y Campamar (1892); Miguel Costa y Llobera (1906); Miguel V. Amer (1908); Juan Alcover (1909) y Miguel S. Oliver (1910).

pirado cantor del *Pi de Formentor*, en su oda *Als jovers*, joyel de sus *Horacianas*, que alcanzaron entre nosotros tan clamorosa acogida, código poético a la vez de perfección moral y de serenidad estética.

¿Cómo olvidar en este coro unísono de simpáticas voces, que entonan el himno de fraternal concordia, la pequeña isla menorquina que por algún tiempo se mantuvo apartada del general concierto? Menorca, como Mallorca, tuvo asimismo la fortuna de hallar su verbo privilegiado en aquel exquisito escritor, que todos añoramos, Ruiz y Pablo, varón abnegado y angelical como su nombre, de cuyos ojos soñadores y de cuyos labios suavemente bañados por la sonrisa de la placidez ética, sólo manaban la ternura y la serenidad. El se sumó de buen grado y con dulce inspiración a la tradición literaria de Cataluña, mientras cultivaba al propio tiempo con gracia inimitable el candoroso dialecto local. Su robusto canto *La Patria Nova* une con lazada de filial amor su rocoso terruño nativo, su patria solariega, a la prepotente Barcelona, la futura patria de sus hijos (1).

Aun afirmando con tenaz insistencia su particularismo idiomático, la voz del corazón le ha hecho traición más de una vez a nuestra gentil hermana del Turia, la cual se adhirió casi desde sus inicios al movimiento renacentista de las letras catalanas. Vamos a probarlo. El canto de Aribau tuvo su eco en los del suave Tomás de Villarroya, que vieron la luz entre los años de 1842 a 1844. Por esto no sin razón se le ha llamado el Aribau valenciano. Su poesía más conocida es la que empieza

Angel, que Deu per mon conort envia

que tiene alguna reminiscencia de la *Oda a la Patria*. Pero los escasos versos de Villarroya quedaron muy pronto olvidados y se puede decir que hasta 1857 no comienza el verdadero resurgir de la poesía valenciana, con Teodoro Llorente, Vicente W. Querol, Ferrer y Bigné y Jacinto Labaila.

Antes, sin embargo, habían dado a conocer allá las poesías de Rubió

(1) Menorca se adhirió muy pronto a nuestro Renacimiento, casi desde sus principios. Ha sido su primer poeta, dentro de él, Miguel Caimaris, (n. 1826), natural de Ciudadela, el centro literario de la isla, que estudió en Barcelona, donde conoció a Piferrer a quien ayudó en sus trabajos, y tal vez a mi padre. Lo que sí puedo afirmar, es que sugestionado por la lectura del *Gayler*, entonces recientemente publicado, escribió diversas poesías en lengua literaria catalana, en las que se vé palpable dicha imitación. (Bernardo Fábregas, *Biblioteca de escritores menorquines*, Ciudadela, 1878. Cosme Parpal: Artículo publicado en el *Noticiero* de Ciudadela en 12 febrero 1895). Una adhesión relativamente reciente de Menorca a nuestra cultura literaria, la hallamos en los *Rondaires de Menorca*, recollides i anotades per Andreu Febrer i Guitart, Ciutadella, 1914, donde el autor declara que por patriotismo y amor a la nostra llengua y por disciplina, ha adoptado las *Normas Ortográficas* del *Institut d'Estudis Catalans*, p. XXXI. El autor, aunque hijo de Mallorca, escribe perfectamente, por su larga residencia en la balear menor, en su dialecto local. Hace preceder a su libro un resumen de gramática dialectal, con el título de *Lleugera notícia de les particularitats dialectals del català de Menorca*.

y Ors, dos ilustres escolapios que llevaron por algún tiempo la dirección del movimiento literario. Eran éstos el P. Pascual Pérez, a quien tal vez se deba la publicación en 1848, en *El Eco Literario*, de la traducción castellana del primer canto del *Roudor del Llobregat*, y el ardiente poeta romántico de oriental imaginación, tan popular en su tiempo, Juan Arolas, íntimo amigo de mi padre y coterráneo suyo. A éste le comunicaba en 1842 que sus versos se leían con gusto en las márgenes del Turia, y por el mismo tiempo le escribía Pascual Pérez, que su *Gayter* había viajado de bufete en bufete, y de tocador en tocador (1).

Que no eran exageradas las noticias de estos dos conocidos escritores respecto al éxito de dichas modestas poesías, lo atestigua la categórica declaración que hizo en 1885 en su *Llibret de versos*, el patriarca y príncipe de la poesía valenciana, don Teodoro Llorente, de que aquéllas fueron las que despertaron su vocación poética, y le decidieron a cultivar su materna lengua (2). Este hecho tiene una fácil y lógica explicación. Durante más de veinte años y antes de la aparición de los Juegos Florales, fué el *Gayter* la única y más copiosa colección de poesías catalanas que divulgaron nuestras prensas.

No cabe duda, pues, que el Renacimiento llamado inexactamente, lemosín (¿por qué no valenciano?) ha sido provocado por el catalán, y que se movió desde sus principios en un simpático ambiente de franca y recíproca comprensión por parte de los escritores de Valencia y de Cataluña, que venturosamente ha perdurado siempre, desde la aparición del *Llibret de versos* de Teodoro Llorente, hasta la de la reciente colección poética *El Espill a trosos* con que nos sorprende al trazar estas líneas el joven escritor don Francisco Almela, colaborador de nuestras revistas, y conocedor de nuestra literatura, de cuyo jugo está también saturado su libro, por otra parte tan profundamente valenciano (3). Excusado es decir, que es impecable el catalán de este excelente escritor, periodista a la vez que poeta, y autor de importantes monografías de arte. Por su estilo poético, a veces con dejos carnerianos, por su castizo idioma y por la adopción de las normas ortográficas del *Institut*, la obra poética de Almela y Vives, cae más dentro del ambiente de las modernas letras catalanas que dentro de la ficticia vida literaria del floralismo del *Rat Penat*.

(1) *Lo Gayter del Llobregat*. Edición poliglota, Barcelona, 1902, p. LIV.

(2) «La idea de versificar en valencià me la inspirà la lectura del *Gayter del Llobregat*, del Sr. Rubió y Ors; estos foren els primers versos catalans moderns, que coneguí, y quedí tan engisat de aquesta nova parla poètica que no poguí ja tràuremela del cap.» *Llibret de versos* escrits per Teodor Llorente. Valencia, 1885. Notas p. 192. Tenía Llorente sólo 20 años cuando leyó los versos del *Gayter*.

(3) La revista *Taula de les lletres valencianes* (Valencia, 1927 y sigs.), en la cual colaboran los nombres más significados de las modernas promociones literarias del reino de Valencia, merece especial y elogiosa mención.

Los catalanes nunca creímos al promover y llevar a cabo nuestra *Renaixensa*, que debíamos contar con solos nuestros esfuerzos; siempre juzgamos que para cosechar una mies ópima, debíamos asociar a ellos los de los hijos de las dos Sultanas del Mediterráneo: la continental coronada de azahar, y la insular, de blanca flor de almendro. Por ello desde que aparecieron nuestras primeras Revistas, como el *Gay Saber*; nuestras primeras publicaciones periódicas, como *El Calendari Catalá*; nuestros primeros certámenes, como los Juegos Florales (1), invitamos a colaborar en ellos a mallorquines, valencianos y roselloneses. En el *Gay Saber* fundado por el infatigable Francisco P. Briz, se hacía constar al pie del título, que en dicha revista colaboraban escritores de las regiones hermanas. Al mismo tiempo que se restablecían en 1859 los Juegos Florales de Barcelona, fundaba Mariano Aguiló los de Valencia, que no duraron más allá de un año, y en ellos, junto con Llorente, fué premiado un escritor catalán, que gozaba ya a la sazón, de merecida fama: el fecundísimo Víctor Balaguer.

Por otra parte, escritores y prohombres catalanes y mallorquines se han sentado como hermanos en los ágapes literarios del *Rat Penat*, invitados a tomar en ellos una participación activa, ya como mantenedores ya como luchadores en el estadio de la poética fiesta. Sólo recordaremos aquí los nombres que buenamente nos vienen a la memoria, del citado Balaguer, de Rubió y Ors, Francisco P. Briz, Jacinto Verdaguer, Ignacio Iglesias, Juan Alcover, Mosén Lorenzo Riber, Juan Ventosa, y tantos otros. El autor de la *Atlántida* ha hecho también sentir su prestigio en las letras valencianas, prestigio que dura todavía, cual lo atestigua la reciente publicación de la *Antología lírica* del gran poeta, por Luis Guarner.

Pero lo que da todavía más fuerte relieve a esa fusión de voluntades, es el culto a nuestra lengua común, respetuoso con todos los matices locales. *Facies non omnibus una nec diversa tamen qualem decet esse sororum.*

Al frente de la pléyade que siguió la iniciativa de Cataluña figuran las dos más puras glorias literarias del vecino reino, Teodoro Llorente y Vicente W. Querol, almas privilegiadas, candorosas, modestas, generosas, que irradiaban veneración y simpatía. Caracteriza, según Menéndez Pelayo, la Musa de Llorente, el verdadero padre y patriarca de la moderna poesía valenciana, un puro y dulce sentimiento, un encanto fugitivo y suave. Ella es su mayor título de gloria y la parte de su copiosa labor literaria que más Valencia agradece, y por la que ciñó sus

(1) Los escritores valencianos que como mantenedores han tomado parte en nuestros Juegos Florales son los siguientes: Teodoro Llorente (1866); Jacinto Labaila (1868); Rafael Ferrer y Bigné (1871) Vicente W. Querol (1872); Vicente Boix (1877) y Eduardo Chavarri (1918). Además presidieron nuestra fiesta, Teodoro Llorente (1880) y V. W. Querol (1885).

sienes con laurel inmortal. El periodista y el personaje político hace tiempo que han desaparecido; pero vivirá siempre el trovador que enarbó la noble *senyera* valenciana que aun tremola con fe, después de cincuenta años el *Rat Penat*; el cantor de la *Barraca*; el Mistral de las márgenes del Turia, quien, como decía el malogrado Miguel S. Oliver (que yo no sé recordar sin emoción) se complacía en vagar melancólicamente, a la luz de la luna, por el castillo fantástico de las añoranzas históricas, las cuales en el estadio prosaico de la prensa, daba al olvido, como hechos definitivamente consumados por los siglos (1).

Al lado de Llorente, muy luego formaron, además del pulcro Querol, de avara pero exquisita producción catalana, otros entusiastas valencianistas, como Rafael Ferrer y Bigné y Jacinto Labaila. Tales fueron los verdaderos precursores del Renacimiento valenciano.

He aquí cómo en 1877 explicaba Llorente a mi padre los primeros pasos de dicho movimiento. "Mi amigo Vicente W. Querol siguió mi ejemplo, y con nosotros se unió don Mariano Aguiló, entonces Bibliotecario de nuestra Universidad, para fundar la escuela poética valenciana." El criterio lingüístico de esta escuela lo definía luego Llorente en la misma carta de esta manera: "Hay una diferencia completa entre los que cultivamos la *poesía lemosina docta* y los que escriben en valenciano vulgar para el teatro o para los periódicos callejeros" (2).

Esta *escuela lemosina docta* según cuyos cánones escribieron sus versos en 1857, Llorente, y después los que anduvieron tras sus huellas, y que más tarde en 1879 cristaliza en los *Jochs Florals* de la Sociedad del *Rat Penat* fundada por el fogoso valencianista Constantino Llombart, que fué para las letras de Valencia lo que Briz para las de Cataluña, esta *escuela lemosina docta*, digo, no era otra que nuestro catalán literario. Si una vez al año alzaba su perezoso aleteo el heráldico animalejo, era porque arrancaba su vuelo de la gloriosa cimera del heroico rey Conquistador; si alguna vez llameaba el casi siempre apagado rescoldo del hogar de la poesía valenciana, es porque se le avivaba con tizones arrancados de los bosques de los montes de Cataluña. A los oídos de ningún lector catalán del *Llibret de versos* publicado por Llorente en 1885, sonaran nunca sus poesías a lemosín, ni aun a valenciano, sino que los entenderá como si fueran acentos de su propia lengua. En cambio, ni a lemosín, ni a valenciano sonarán para muchos hijos de Valencia, sino a habla exótica y forastera. Oigamos cómo el mismo Llorente trata de explicar esta anomalía en una nota de dicho *Llibret de versos*. En ella recoge las quejas de los que deseaban que los poetas del *Rat Penat*

(1) *Obres completes* de Miguel S. Oliver. Mestres y amichs. Barcelona, Ilustració catalana, t. IV (s. a.), p. 90.

(2) Carta de Llorente de 22 enero 1877.

escribieran en el valenciano que habla el pueblo y que exclamaban despectivamente: “¿De qué sirven esas poesías empedradas de palabras exóticas... que el pueblo no comprende?” Llorente se limita a replicarles que “esa lengua viva, corrompida y *bárbaramente castellanizada*... es impropia de la alta poesía” (1). Parece que no puede darse ya un reconocimiento más patente de la unidad literaria de nuestro idioma, por aquellos mismos que más se empeñan en negarla, y que sólo de un modo vago, indeterminado se permiten aludir a ella, para no chocar con preocupaciones locales arraigadas. Sin embargo, en el seno de la confianza Llorente puso el dedo en la llaga y afirmó resueltamente la doctrina que defendemos. He aquí lo que escribía a su amigo don Eduardo Chavarri, en fecha que no podemos determinar porque la carta no la lleva, aunque no sería difícil averiguarla: “Me inspira vivo interés, dice, la polémica de V. con Alomar... Yo he sido siempre contrario a los que han querido hacer del valenciano un coto redondo, bien cerrado, exagerando las diferencia que hoy separan nuestra lengua de la catalana. *Literariamente* no había más que un idioma en Cataluña, Valencia y Mallorca, y debemos tender a restablecer esa unidad...” (2).

Esta misma fraternidad es afirmada también con simpatía por los poetas valencianos cuando se trata de los lazos históricos ancestrales que nos unen.

Así exclama Llorente en la poesía *Valencia y Barcelona*:

Els fills anyoradissos — dels Berenguer y Jaumes
serém sempre germans;
 ...un mateix cau tingueren — en la mateixa soca... etc.

Y añade: “Los nombres de la ciudad condesa y de la ciudad sultana siempre estarán unidos.”

Véase cómo empieza la poesía *Als poetes de Catalunya*:

Oh catalans poetes! *los que dels nostres avis*
parleu la dolça llengua — volguda del meu cor!

Todavía llevaba más allá su entusiasmo por un ideal de tan bella solidaridad, el poeta valenciano Jacinto Labaila, en su poesía dedicada a Francisco Pelayo Briz en 1866, cuando soñaba en una nueva Roma,

(1) *Llibret de versos* per Teodor Llorente, Valencia, 1885. Endressa al Senyor Don Marian Aguiló, p. 10.

(2) Esta carta autógrafa de Llorente se publicará en el volumen III del *Epistolari Llorente* que edita en su *Biblioteca Literaria* la Oficina Románica establecida en la Biblioteca Balmes. Con posterioridad a la presentación de este discurso, el P. José Calveras, S. J., ha publicado sobre esta carta de Llorente un interesante artículo titulado *En Teodor Llorente i la unitat de la llengua literària*. Vid. *La Paraula Cristiana*, Barcelona, Maig, 1929, Any. V, nº 59.

que no era otra que una Barcelona poética, como centro de Valencia y de Mallorca, como capital de su Renacimiento literario, en la que se confundieran en un estrecho abrazo las tres ricas hermanas (1). Y viniendo a tiempos más recientes, para poner dos broches de oro a esas efusivas declaraciones ¿no constituyen dos fervorosas oraciones a nuestra hermandad racial, los dos discursos presidenciales de los Juegos Florales de Barcelona de Teodoro Llorente y Vicente W. de Querol, leídos respectivamente en 1880 y 1885? Con lazos de más estrecha parentela, dentro de la gloriosa familia española, decía el primero, *nos une una lengua común* a los hijos de Cataluña, Valencia y Mallorca (2).

No podemos proseguir citando datos, porque nos faltaría tiempo para ello. La cosecha de esas dulces manifestaciones de nuestra querida tierra hermana, por nosotros con afecto igual correspondidas, sería copiosísima si continuáramos espigando en el florido campo de las letras valencianas. Han pasado ya setenta años desde que musitaron los precursores sus primeros cantos, y hoy, en nuestros mismos días se alza de nuevo de los nobles pechos de nuestros hermanos, la misma plegaria de amor a nuestra lengua común. No hace mucho tiempo hemos tenido ocasión de comprobarlo en una simpática solemnidad artísticoliteraria celebrada en la ciudad condal a principios de este año, con motivo de una exposición de pinturas valencianas. Fué aquélla una hermosa fiesta que dió una sensación de nueva luz, de cosa nueva, que arranca, sin embargo, del tronco secular que tiene sus raíces más allá de la restauración del *Rat-Penat*. Los laureles de la poesía valenciana se entretejieron allí con los del divino arte de Rafael. Los versos de los noveles vates hijos de la reina de los vergeles, Miguel Durán, Almela y Vives, Chabás, Thous Llorens, Navarro, Borrás, Arturo Perucho y otros (que me perdone la nueva generación valenciana mis omisiones) fueron saboreados por una selecta concurrencia. El mismo hábito de generosa comprensión que inspiró los cantos de los restauradores, se desprende de los modernos. Pero una afirmación todavía más categórica salió de los labios del joven poeta Arturo Perucho que cerró con breves frases la interesante fiesta. Cesó, dijo, el provincianismo, para acercarse a la verdadera categoría extruc-

(1) Jacinto Labaila. *Flors del meu hort. Poesías valencianas*, Valencia, 1882, p. 56.

(2) Discurs llegit en los Jochs Florals de Barcelona lo dia 3 de Maig de 1885, per En Vincens W. Querol, President del Consistori, Valencia, 1885, 16 p. 4^o.

El de Llorente, que sepamos, no se publicó por separado. Vicente Boix, el venerable patriarca del valencianismo, es el que en su discurso de gracias de los Juegos Florales de Barcelona de 1877, reconoció de una manera más elocuente y precisa los lazos históricos y literarios que hacen de Valencia, la hermana gemela de Cataluña. Lo es, exclamaba, por el origen de su conquista y por sus primeros pobladores salidos de esta tierra de bravos y robustos hijos del trabajo. Una misma es la gloria de los dos pueblos y *una misma su lengua*. (*Jochs Florals* de Barcelona, 1877, p. 235).

turada. Los escritores de Valencia siguen en este punto las huellas de los de Cataluña, y han entrado ya en el período de la normalidad ortográfica, y la diferencia de matices que distingue la producción de las tres regiones levantinas, se confunde en un conjunto en que todos nos reconocemos hermanos.

Y lo más curioso es que esa misma estrecha parentela la recuerdan a los valencianos, otros hijos de nuestra raza, que las circunstancias históricas han arrancado para siempre del seno de su antigua madre patria, para unir sus destinos a otra gloriosa nación. Oigamos lo que a aquéllos les decía en 1903 desde las páginas de la revista *L'Ame française*, el entusiasta catalanista rosellonés Julio Delpont, en una rápida ojeada crítica de la producción literaria valenciana "Los roselloneses tenemos una buena *hermana de lengua catalana*, allá en la tierra soleada y florida de Valencia. Y sin embargo, ¡cuán poco nos conocemos!, porque unos y otros estamos a los dos extremos de las tierras de lengua catalana..." (1).

No han de cogernos de nuevo estas palabras del malogrado y tenaz propagandista de nuestra causa, Julio Delpont. Antes de su anexión a Francia, el Rosellón mantenía pura e intacta la lengua catalana. Alart pretende que esta región ha conservado mejor que Cataluña la lengua del siglo XIV (2). Lo que pasó con Valencia y Mallorca no podía menos de pasar con el Rosellón, tierra que aun hoy día no ha renegado de sus títulos de catalanidad. En las impresiones de los siglos de la decadencia, es común hallar escritores que se designen con el calificativo de *nación catalán*, como lo vemos por ejemplo en el siglo XVII en Andreu de Montserrat, natural de Codelet, a pesar de haberse impreso su tratado de música en Valencia (3).

Pero la verdadera incorporación espiritual del Rosellón a Cataluña es casi un hecho moderno, y en rigor data como lo hemos indicado ya, de los orígenes de nuestro Renacimiento. Sin embargo, los primeros gérmenes tuvieron sólo un raquíto desarrollo, hasta que llegaron a sus valles y montañas los ecos de los cantos de nuestro gran poeta Verdaguer. El fué el que despertó el alma catalana del Rosellón con su poema *El Canigó*, y desde entonces no ha dejado nunca de palpar aquélla al unísono con la de Cataluña. Mas sin negar el valor que en su renaci-

(1) *L'Ame Française*. Revue du Roussillon, 13 Mayo 1903.

(2) R. J. Alart. *Documents sur la langue catalane...* Paris, 1881, p. 28.

(3) Montserrat (Andreu). *Arte breve y compendiosa de las dificultades que se ofrecen en la música práctica del canto llano. Compuesta por Andreu de Montserrat*, de nación catalan, 1614. En Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, etc. Al fin: Fué compuesta esta presente Arte por Andreu de Montserrat, de nación catalán, natural de Codolet, en el Condado del Rosellón. Gallardo. *Biblioteca de libros raros y curiosos*, II, 841, nº 310.

miento literario tuvieron Pepratx, Talrich y otros precursores, cuyos nombres omito, no por desconocerlos, sino en obsequio a la brevedad, se ha de convenir que la incorporación plena y total del Rosellón a nuestra *Renaixensa*, es fruto principalmente del presente siglo. Los Juegos Florales de Barcelona celebrados en 1902 en el Canigó, y la restauración del viejo cenobio fundado por el Conde Gifre, con cuyo motivo tuvieron lugar los primeros Juegos Florales roselloneses, gracias al alto patrocinio de Monseñor Carselade, guía y escudo de la gente catalana del otro lado del Pirineo, tuvieron una resonancia y trascendencia extraordinarias. Y tan cierto es lo que acabamos de afirmar, que en el siglo anterior, sólo un rosellonés Justín Pepratx, fué llamado en 1884 a tomar parte en las tareas de nuestra fiesta mayor de la poesía, y en cambio cuatro lo han sido en lo que va del presente, a saber: Mosén Esteban Casaponce, el poeta José Sebastián Pons, y dos altísimas personalidades llamadas respectivamente en 1914 y 1920 a presidirla, que han dado al vecino Rosellón sus más brillantes timbres de gloria: Monseñor Julio Carselade el restaurador del monasterio pirináico, obispo de Perpiñán, el cual aunque gascón de nacimiento, se consideró que al ser consagrado se había hecho catalán por la gracia de Dios, y el Mariscal Jofre, el héroe del Marne, que hizo posible la victoria de la nación vecina, el cual en su discurso presidencial, se proclamó en su nativo idioma *Catalán de Francia*. A la vez muchos poetas y escritores de Cataluña han bebido en las claras fuentes de los valles del Canigó. Actualmente el autor más representativo del Rosellón es José Sebastián Pons, llamado el Virgilio de su tierra, autor de un inspirado libro de versos titulado *Canta Perdiu* popular entre nuestros hombres de letras. Entre sus compatriotas es sin duda Pons el que hoy escribe en más castiza lengua catalana. Bien puede decirse que cae de lleno dentro de nuestra tradición literaria. Orgulloso de ser hijo de Francia, madre de la inteligencia y de la claridad, tiene a la par un corazón tan profundamente catalán, que le hace exclamar que si escribe en nuestra lengua, es porque en cada palabra suya, halla una gloriosa vida (1). Tan intensamente siente la conciencia del parentesco que nos une. Su lengua y su poesía, de extraordinaria belleza y perfección, huye del vulgarismo en que tantas veces cayera la musa rosellonesa.

(1) *Jochs Florals de 1922*, Barcelona, p. 113. Escritas estas líneas nos sorprende una obra de sólida erudición, de gran interés y novedad para la historia de nuestras letras, del citado señor don José Sebastián Pons, actual profesor de la Universidad de Montpellier: *La littérature catalane en Roussillon au XVII et au XVIII siècles...* Toulouse, 1929. Un vol. de 398 págs. en 4º. Es también de un rosellonés uno de los estudios mejor informados acerca de los orígenes de la *Renaixensa* catalana. *Origines et premières manifestations de la Renaissance littéraire en Catalogne au XIX siècle*, par Jean Amade... *Maître de conférences a la Faculté des Lettres de Montpellier...* Montpellier, 1924.

Vayamos a sorprender ahora una nueva y peregrina prueba de solidaridad literaria en un lejano pedazo de tierra, que un día lo fué nuestra, perdido hoy dentro de la gran unidad italiana. Acabamos de ver cómo el rosellonés Delpont recordaba a los valencianos esa solidaridad. He aquí ahora cómo a su vez el vehemente poeta alguerés Antonio Ciuffo la recordaba en 1902, a los que él llama sus hermanos de Francia, por ser roselloneses y alguereses hijos todos de Cataluña.

Per vos ¡oh catalans! de l'altra plaja
 Per vos es el meu cant.
 Jo vos salut en la mateixa llengua
 Que vos estimeu tant.
 Aquest salut vos ve de la Sardenya
 D'un recó catalá
 Y la historia ben clara vos ensenya
 Que sem popul germá.

Aunque más tarde que los demás pueblos del dominio catalán, la incorporación de Alguer a nuestro Renacimiento, se realizó hace ya bastantes años. El primer saludo que nos vino de aquella apartada región fué de Caller, por boca de Ignacio Pillitu y fué dirigido a los Juegos Florales de Barcelona de 1868; el segundo de Alguer, y lo fué a nuestro gran maestro Milá y Fontanals, por José Franch (1830-1902) el verdadero restaurador de la poesía catalanoalguerese (1).

* * *

Acabáis de oír, señores académicos, el himno de nuestra solidaridad literaria, entonado aisladamente por todas las regiones de nuestro antiguo imperio mediterráneo. Pero me falta consignar aquí aún, que este himno se convirtió en apoteósico concertante patriótico en el brillante Congreso internacional de la lengua catalana, celebrado en Barcelona en octubre de 1906, en el que tomó parte también el que es hoy dignísimo Director de nuestra Academia. Fiesta memorable fué aquella a la que acudieron unos tres mil congresistas, nacionales y extranjeros, de la que conservamos un recuerdo imperecedero cuantos tuvimos la fortuna de asistir a ella. Todavía resuenan en mis oídos las voces de los representantes de las diversas regiones de nuestra lengua, la del catalán arcaico de Mallorca; la del catalán castellanizado de Valencia; la del

(1) En su carta al citado Milá y Fontanals, fechada en Alguer el 16 Mayo 1869, le decía José Franch, que los versos de Rubió y Ors, que sin duda aquél le había remitido, *le habían inspirado amor patrio, y movido a estudiar la antigua lengua. Epistolari d'En Milá i Fontanals*. Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1922, I. 116.

catalán afrancesado del Rosellón; la del catalán italianizado de Alguer; la voz en fin de Cataluña, la de la vieja madre. Un triste eco de raza deshecha, fragmentada parecía exhalar de estas voces; pero al propio tiempo una noble elación a una unidad superior, que tan diversos acentos no llegaban a desviar, ni detener: el canto robustísimo, la afirmación ecuménica de la unidad literaria de nuestro verbo, que en estas páginas os he intentado transmitir.

A esta noble aspiración le ha puesto su más soberbio colofón el Gobierno de S. M. creando en esta Academia la sección catalana, con sus modalidades valenciana y mallorquina. En su augusto recinto nos vamos a reunir de aquí en adelante catalanes, valencianos y mallorquines para ofrendar al idioma común nuestro fervoroso culto colectivo. Lo que antes hicimos en su honor en local aislamiento, lo vamos a intentar ahora en fraternal esfuerzo. En el hospitalario hogar de la lengua nacional vendremos a abrazarnos como miembros de una familia a quienes une el más estrecho parentesco: el dulce lazo que ata a los que son hijos de una misma madre.

Con vuestro tributo de amor y de respeto a nuestra lengua, demostráis el valor que dais a la realidad viva del idioma, engendrador supremo de cultura, sello superior de dignidad, estímulo vigoroso del más alto pensar y del más hondo sentir. Nada más fecundo que la lengua, sobre todo cuando no se convierte en apasionado, estrecho y estéril provincianismo. Nada que esté más íntegramente ligado a la personalidad humana, y por ende a la colectiva de un pueblo, del cual es la fibra más íntima y sensible (1).

Por esto la destrucción o desaparición de una lengua representa algo así como la desaparición de un tesoro estético, histórico y filológico, que pertenece, no ya sólo al pueblo que la habla, sino a la humanidad entera. Las lenguas son maravillosos organismos intelectuales, en cuyo estudio tienen mucho que aprender y hallan inesperadas sorpresas el historiador, el filósofo, el filólogo y el artífice literario. Tan íntimamente unido está el idioma a nuestro espíritu, que cuando le abandonamos por otro forastero, al punto es éste alterado en sus fonemas o en su estructura interna. Sea cualesquiera la forma de expresión que adoptemos, es siempre el alma de la lengua materna la que habla por nuestros labios.

Convencido de ello y para evitar la desaparición del rico patrimonio

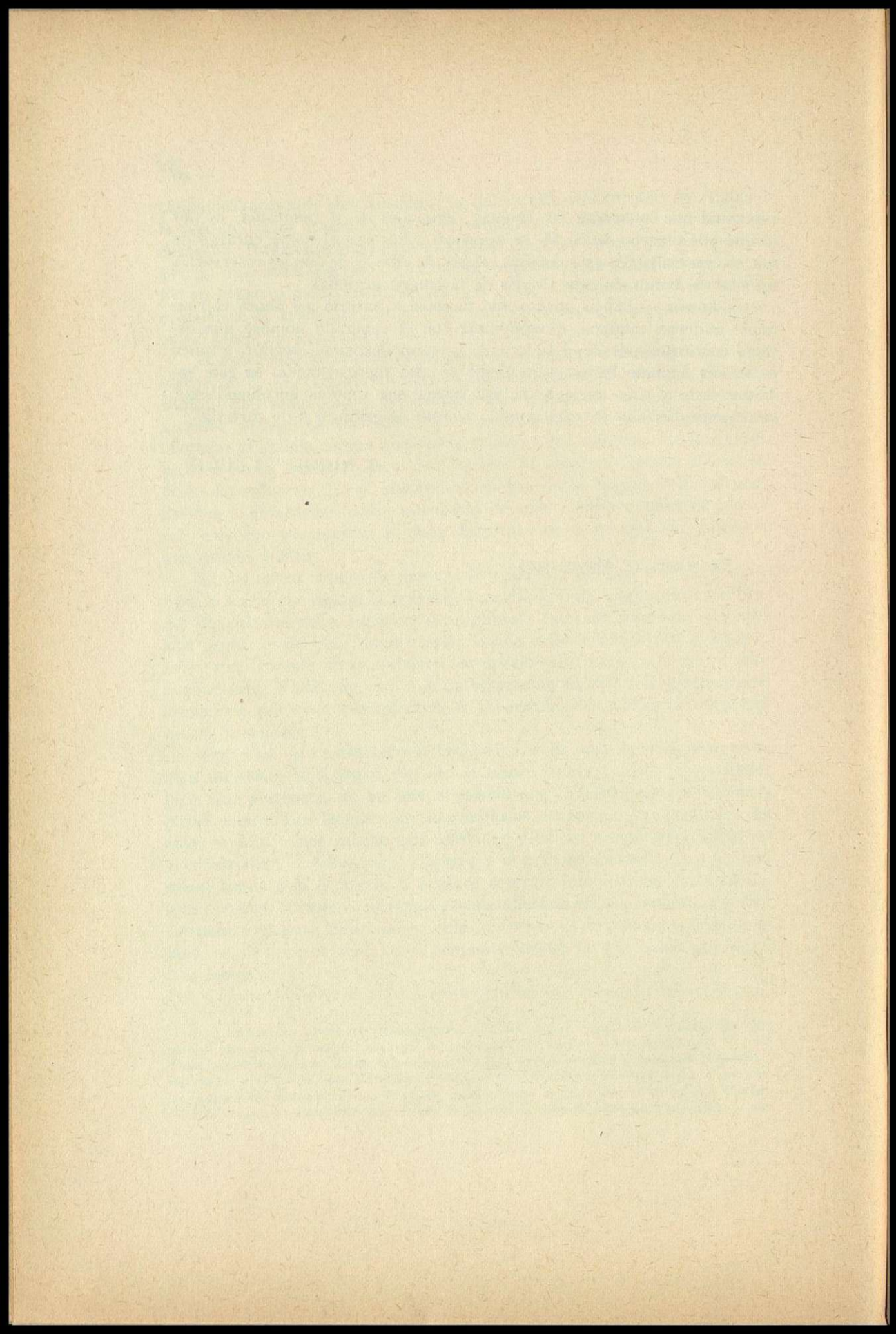
(1) Véanse las elocuentes consideraciones que este hecho sugiere a Sismondi: «Le plus puissant bien pour un peuple, celui qui se rattache à ses mœurs, à ses habitudes, à ses plus doux souvenirs, c'est la langue de ses pères. La plus grande humiliation à laquelle il puisse se voir soumis, c'est d'être forcé à l'oublier, même pour en apprendre une nouvelle. Il y a, ce me semble, même pour ceux qui lui sont étrangers, quelque chose de profondément triste, à la décadence, à la destruction d'une belle langue.» *De la histoire du Midi de l'Europe*. Paris, 1813, p. 249.

espiritual que encierran las lenguas regionales de la península, es por lo que el Gobierno de S. M. se apresuró a haceros el noble encargo de que os constituyerais en custodios celosos de ellas, y de que les reservarais un sitio de honor en este alcázar de la lengua nacional.

Vosotros os habéis apresurado también a hacerlo así ahora con mi habla materna catalana, designándola con el venerado nombre que ostenta con orgullo desde el siglo XIII, y yo, modestísimo escritor, a quien os habéis dignado llamar para llevar su alta representación en este solemne acto, y más adelante en las tareas que queráis encomendarme, os ofrendo por ello mi más rendido tributo de gratitud y de cortesía.

A. RUBIÓ Y LLUCH

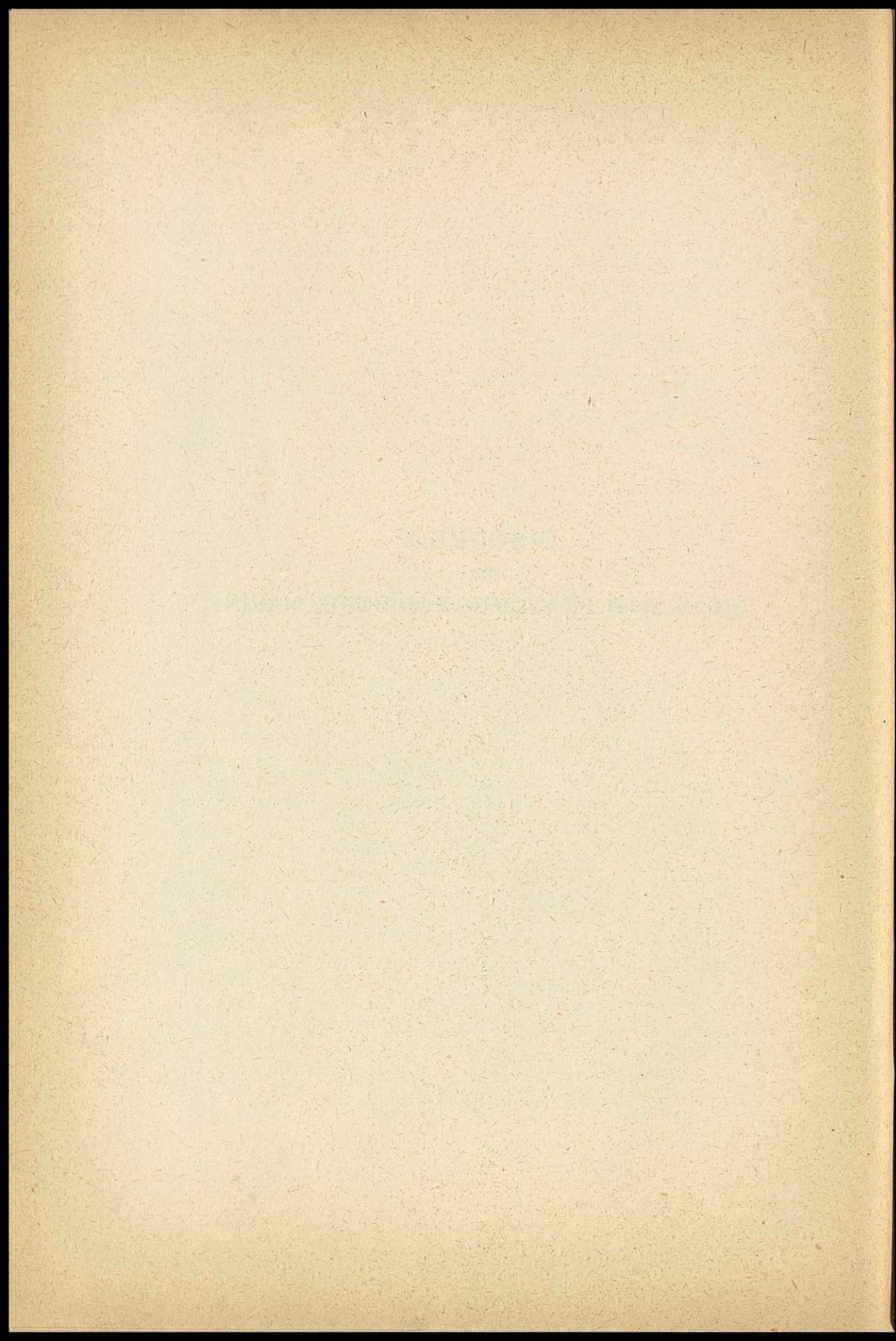
Barcelona 1.º Mayo 1929.



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN



SEÑORES ACADÉMICOS :

Día de júbilo para nuestra corporación es éste en que solemnemente recibe como individuo de número al doctísimo catedrático e insigne escritor don Antonio Rubió y Lluch; y aunque por otras circunstancias no fuese de todo punto plausible el real decreto que a la hermosa lengua castellana, que por antonomasia llamamos *española*, incorporó en nuestros estatutos las demás lenguas que se hablan en diversas regiones de la nación, aún sería muy digno de loa porque ha hecho asequibles los sillones académicos a graves sujetos no domiciliados en Madrid, pero de muy cualificadas prendas intelectuales, filólogos expertísimos principalmente, y, entre ellos, a este noble varón, sabio y modesto, a quien por honroso encargo de nuestro ilustre Director y en nombre de la Academia doy cordialmente la bienvenida.

En realidad, y dentro de lo que permitía su reglamento, la Academia había reconocido y proclamado, hace más de veinte años, los relevantes méritos del señor Rubió, eligiéndole su correspondiente en Cataluña; pero tal galardón, aunque muy estimado dentro y fuera de España, ni tenía los quilates correspondientes a la importancia y general y justo renombre del galardonado, ni, por otra parte, nos permitía el gusto de verle a menudo entre nosotros, ni el deleitoso provecho de su oral comunicación, entablada y proseguida desde tiempo lejano con algunos por medio de la correspondencia epistolar. Y a fe que cada una de las sabrosas cartas de Rubió, tan eruditas y disertas, tan afectuosas, tan aromadas por el divino aliento de la poesía, es un regaladísimo manjar espiritual para los que solemos disfrutar la dicha de recibirlas.

Mas hoy aquí le tenemos en persona, por nuestra unánime elección, que mejor diría aclamación entusiástica, y esta general complacencia sólo se ve amargada en el presente acto por la particularidad de ser yo, con mis escasas dotes de saber y de ingenio, quien le saluda y recibe en nombre de los demás. ¡Ah! si la sombría muerte, usando de su ineluctable fuero, no hubiera arrebatado de este mundo a don Marcelino Menéndez

y Pelayo, fraternal colega del señor Rubió desde los placenteros abriles de la juventud, ¡qué finísima contera, qué áureo remate habría sabido poner aquel inolvidable maestro, con exquisita oración compuesta en aquella regalada prosa que se deslizaba suave y cadenciosamente como limpia agua de fuente viva, al acto académico que ahora celebramos! ¡Cómo y con qué honda emoción, con cuán melancólica *saudade* el delicadísimo panegirista del *libro viejo* de Horacio habría traído a cuento las añejas memorias de la vida escolar, en que las bulliciosas alegrías juveniles, con ningunas otras comparables, no obstaron a que ninguno de entrambos camaradas acrecentase de día en día el ya entonces rico tesoro de sus conocimientos científicos y literarios, semillas que pródigamente, años después, habían de ofrecer al mundo de la cultura, como fruto sazonado y copioso, tantos libros impercederos! Pero *ad impossibilia, nemo tenetur*, y he de ser yo, bien que en lo de admirar al recipiendario nadie me aventaja, quien conteste al magistral discurso que acabamos de escuchar y aplaudir.

Resignaos, pues, señores Académicos, y resígnese al par el culto auditorio que concurre a este solemne acto, considerando siquiera que el presente mal será menor que acaso acaso habría sido en otras ya, por fortuna, remotas calendas que ahora no se suelen recordar sin que asome a los labios la sonrisa; en aquel tiempo, digo, en que no fué insólito en las academias tratar con prolijidad, contestando al compañero entrante, de la propia materia sobre que versaba su discurso, pero no ahí como quiera, sino, por decirlo en términos de llaneza familiar, cortando el revésino a su autor; que a esto equivalía el impugnar con petulante énfasis algunas de sus afirmaciones, como quien quiere decir al auditorio: "El nuevo académico ha demostrado en este lugar que se sabe de coro sus clásicos: muy cierto; pero ¿y yo? ¿Me quedo yo atrás por ventura?" Con uso más cortés que el de aquel entonces, en nuestros días se ha reconocido que la fiesta de una recepción académica debe estar enteramente dedicada al nuevo compañero, y, por tanto, la contestación a su discurso debe reducirse a darle en nombre de todos la afectuosa bienvenida y a enumerar, razonada, pero brevemente, los méritos que la Corporación tomó en cuenta para llamarle a compartir sus trabajos.

Ésta, sobre no ser difícil tarea, es muy gustosa para quien, como yo, profesa amistad cordialísima al señor Rubió, nacida, ha más de treinta años, al calor de los efusivos elogios con que hablaba de su talento y de su cultura el admirable autor de la *Historia de las Ideas estéticas en España*, y al sabor, no menos delicado, que dejó en el paladar de mi espíritu la lectura del *Estudio crítico-bibliográfico sobre Anacreonte y la colección anacreóntica*, acabadísima tesis doctoral que el señor Rubió y Lluçh dedicó en 1879 a Menéndez y Pelayo, con estas cariñosas pala-

bras: "A ti, querido amigo, a cuyos discretos y sabios consejos debo mi afición a la rica literatura clásica..., ofrezco este mi primer ensayo literario, pobre y poco valioso fruto de tus provechosas enseñanzas."

De más atrás que de los lozanos abríles de la adolescencia y del trato con el joven y ya sabio santanderino venían las claras linfas de esta corriente, y nunca pudo recordarse con mejor fundamento aquel refrán que dice que quien lo hereda no lo hurta. Rubió y Lluç había heredado el talento y las poderosas aptitudes históricas, literarias y artísticas, con el delicado gusto para cultivarlas y darles realce y brillo, de su ilustre padre don Joaquín Rubió y Ors, inspirado poeta (*Lo Gayter del Llobregat*), doctísimo catedrático de Literatura durante once años en la Universidad de Valladolid, y de Historia Universal durante cuarenta y uno en la de Barcelona, autor de muchas obras admirables, y al par y sobre todo esto, fervorosísimo amador de las letras catalanas, por cuyo auge y esplendor trabajó incansable y gloriosamente toda su larga vida.

De tal árbol, tal renuevo. Educado el hijo en la práctica de las virtudes cristianas y en el ejercicio de las letras, la heredada y feliz disposición, por una parte, y por otra, la personal y perseverante laboriosidad, fueron fructificando de día en día en términos tales, que por junio de 1888, aún no transcurridos diez años desde la lectura de la antedicha tesis doctoral, ya ganada por concurso la cátedra de Literatura General y Española de la Universidad de Oviedo, desde la cual pasó a la barcelonesa, vacante por muerte de su maestro Milá y Fontanals, y también escritos y publicados, entre otros, su notable estudio sobre *El sentimiento del honor en el Teatro de Calderón* (1882), su *Bosquejo histórico del gran senescal de Cataluña don Guillermo Ramón de Moncada* (1886) y las muy eruditas monografías acerca de la *Expedición y dominación de los Catalanes en Oriente* (1883) y *Los Navarros en Grecia y el ducado catalán de Atenas en la época de su invasión* (1886), era recibido con unánime aplauso como individuo de número en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, premiadora de algunos de esos estudios, solemne acto en el cual dió lectura de una acabadísima disquisición sobre *El renacimiento clásico de la Literatura Catalana*. Desde entonces acá, la bibliografía de Rubió ha ido creciendo año tras año, y es hoy tan copiosa y calificada, y tan varios son los temas que en ella ha desarrollado la áurea pluma del nuevo académico, que la enumeración de todas sus obras en un breve discurso en que, como el presente, no habría espacio para estudiarlas ni a la ligera, más resultaría enfadoso inventario que análisis provechoso. De todas ellas, por tanto, hago lacónico resumen y encomio en aquellas dos palabras invitatorias de cierto famoso monumento sepulcral: "*Scripta legito*".

Así, y pues a vosotros, señores Académicos, me dirijo, y a un culto

auditorio que si pudiera ignorar, sin desdoro para su cualidad de ilustrado, los escasos y poco públicos merecimientos de un escritor mediocre, conoce, de seguro, porque son relevadísimos dentro y fuera de España, los del señor Rubió y Lluch, básteme recordar, en este punto, para su legítima satisfacción, siquiera la turbe un poco el rubor de su singular modestia, cómo y con qué gentil acierto, no hace todavía seis años, le parangonaba con su entrañable amigo Menéndez y Pelayo, en una revista bogotana, el eximio poeta y literato, nuestro correspondiente allá, don Antonio Gómez Restrepo, discípulo en la españolísima Colombia de Miguel Antonio Caro y de Rufino José Cuervo y colega de tantos otros ilustres varones como allí conservaron esmeradamente, al par que la pureza del idioma español, el sabroso y delicado gusto de las buenas letras. Decía así Gómez Restrepo, al dar cuenta de la publicación del hermoso libro de Rubió intitulado *Estudios hispano-americanos*: "Fué Rubió y Lluch condiscípulo de Menéndez y Pelayo y uno de sus más íntimos amigos. Mantuvieron durante toda la vida del gran don Marcelino una constante e íntima correspondencia epistolar, que el compañero sobreviviente guarda con veneración, y que si algún día se publicara, sería un documento de la mayor importancia para esclarecer la vida y opiniones de Menéndez y para apreciar la historia de las modernas letras españolas. Se ha llamado a Rubió, y con justicia, el Menéndez Pelayo de Cataluña, pues, como el polígrafo montañés, es católico sincero, apolo-gista de las glorias de la antigua España, gran maestro en disciplinas clásicas, formidable erudito y artista que sabe convertir en materia estética la masa informe de los documentos; poeta por el sentimiento y también por el amor apasionado de la forma ideal en que se manifiesta a los hombres la poesía; trabajador, en fin, que por cuenta propia cumple, como el coloso montañés, una obra de restauración sabia y patriótica, persiguiendo la realización sistemática de una grande idea: la de aquilatar la significación y la importancia de la civilización catalana, especialmente en aquellos siglos gloriosos de la Edad Media, cuando Cataluña fué temida en el Mediterráneo y poderosa en el Oriente, engarzó en su corona la joya única del Ducado de Atenas y realizó progresos que otros grandes pueblos tardaron largo tiempo en imitar. La obra de reivindicación que llevó a cabo Menéndez y Pelayo para toda España la ha continuado Rubió respecto de su tierra catalana."

No sabría yo relatar estas y otras honrosas andanzas de Rubió tan bien como las cuenta Gómez Restrepo, y así, señores Académicos, creo que gustaréis de que me alargue un poco más en la transcripción. "Para realizar esta empresa—añade—con pleno conocimiento de causa, Rubió y Lluch no solamente ha explorado a fondo los archivos de Barcelona, sino que ha hecho investigaciones en los de Italia, y quiso peregrinar

personalmente por los sitios de Grecia adonde llegó el poderío de los catalanes. Su primer viaje a Grecia tuvo algo de trágico, como si un numen adverso, no pudiendo cerrarle el camino de la Hélade inmortal, hubiera querido privarlo, por lo menos, del ansia de contemplación de la tierra del arte. Un día antes de llegar al Pireo sintió Rubió, en momentos en que contemplaba la puesta del sol, que sus ojos se cerraban a la luz. La retina se había desprendido súbitamente del único ojo que conservaba hábil, pues una exagerada miopía le había inutilizado el otro. Conducido por el Director de la Biblioteca de Atenas, pudo Rubió contemplar, con inmenso esfuerzo, la Acrópolis, y embarcarse, por el primer vapor, para Barcelona. Mediante un sabio tratamiento y gracias a un enorme trabajo de reeducación, pudo Rubió volver a leer y a escribir por sí mismo, y un año después, tapado aún el ojo enfermo con un negro vendaje, hizo el segundo viaje a Grecia e investigó en los archivos de Italia, logrando entonces la plena realización de sus sueños de artista y de arqueólogo. ¡Notable ejemplo de constancia y de firmeza de ánimo— comenta Restrepo—, digno de los antiguos conquistadores del Ducado de Atenas!”

Sobre Grecia, especialmente en lo que su historia está relacionada con Cataluña, ha escrito y publicado Rubió diversas monografías, luminosas y estimabilísimas, tales como las tituladas *Cataluña en Grecia* (1906), *La Acrópolis de Atenas en la época catalana* (1908); *Atenas en tiempo de los catalanes* (1909); *Los castillos catalanes de la Grecia continental* (1910), etc.; y en todos estos trabajos, y en los dos nutridos tomos de su grande obra titulada *Documents per l'Historia de la Cultura Catalana mig-eval*, tan admirada en toda Europa, así como en varios otros estudios histórico-políticos e histórico-literarios, sazonado fruto de su talento y de su laboriosidad, maravilla el ver cuánto y cuántísimo hay de personal investigación de primera mano, sacado, a fuerza de poderosa intuición de minero y de paciente habilidad de buzo, del polvoriento papelorio secular de los archivos. Entre sus más preciados hallazgos me recordaba años ha el de un documento medieval, signado por pluma regia, y en donde leyó con grata sorpresa una frase sobre el Partenón, “que revela una emoción estética rara en aquellos tiempos de ignorancia y desvío acerca del arte clásico”. Algo se me alcanza de ese género de trabajo, que llamé, titulado un artículo, *Minar el tiempo*, y del incomparable placer que se experimenta cuando de súbito salta ante los ojos la sorprendente noticia, nueva de puro vieja, que dormía sueño secular agazapada entre las amarillentas fojas, como hurtando el cuerpo a quien le anduviera a los alcances.

Por el conjunto de las obras del señor Rubió puede sin dificultad colegirse qué siente y piensa su autor acerca de la patria, o, dicho más

claramente, qué es patria, en su sentir y en su pensar. Y bueno será que probemos a determinarlo; porque la idea de patria es tan estrecha para unos y tan ancha para otros, que, lejos de venir a una las opiniones, son diversísimas, y por extremo diversas, naturalmente, las consecuencias que de ellas se originan. Entre el

“Patria, o mea creatrix, patria, o mea genitrix”

del carmen LXIII de Catulo, que viene a proclamar por patria la pequeña, la de un solo río, la que invocaba don Alberto Lista al escribir:

“Feliz el que nunca ha visto
más río que el de su patria...”

y el

“Hic amor, haec patria est”

de Virgilio, puesto en boca del protagonista en el libro IV de la *Eneida*, no hay tan poco trecho, que no quepan en él otras cuantas ideas de patria.

Yo recuerdo que, saliendo una tarde del Ateneo de Sevilla con un mi amigo, autor de hermosas leyendas poéticas hispalenses, como nos acercásemos a la tabla de anuncios para ver qué conferencias habían de darse aquella semana, y leyésemos el tema *Concepto de patria*, dijo mi amigo:—“Supongo que tú no vendrás a perder el tiempo escuchando estas borracherías.”—“¿Por qué borracherías?”—le pregunté.—“Porque todo el concepto de patria—respondió—está expresado en un periquete, y huelga decir cuanto de más se diga. Para mí—y le resultó en verso—, la sola patria es San Pedro Mártir, 3.” Eran las señas de su casa. De esto a perder el sueño discurriendo, verbigracia, sobre la grave situación en que se encuentran los chinos, *prójimos* nuestros, sí, pero nada *próximos*, *sovietizados* o a medio *sovietizar* por las falanges rusas, caben, como indiqué, no pocas variedades de patria. Son éstas, a la verdad; como las circunferencias concéntricas que se dibujan en el agua tranquila cuando altera su superficie un cuerpo que en ella cae. Las de menor diámetro y a la par más ostensibles son las inmediatas al punto en que se sumió el objeto. La más cercana al centro es el “San Pedro Mártir, 3” del poeta mi amigo; y la más lejana y de mayor diámetro, ya desdibujada y casi perdida, equivale para cualquiera de nosotros al peligro chinesco, que, por grave que sea, y lo es mucho, no ha de impedirnos el dormir con tranquilidad. En la determinación de qué hemos de entender por patria nuestra andan no siempre de acuerdo, como en muchas otras cosas, los entendimientos y los corazones. El corazón suele disputar por patria única, si no escuetamente el “San Pedro Mártir, 3”, el suelo natal; entendiendo por suelo no sólo el pedazo de tierra cuyos habitantes acuden al

sonido de una misma campana parroquial, de aquella campana, oída hasta en sueños, que

“repicó cuando nació
y doblará cuando muera”;

al decir de la copla, sino también la comarca o provincia, y aun la región, limitada geográficamente por unos ríos y unas montañas, históricamente por unas antiguas andanzas heroicas y comunes empresas y por unas viejas crónicas en que se relatan estupendas bazarías, y étnica y filológicamente por usos y costumbres iguales o análogos y por un habla popular de remotísimo abolengo, que fué, y es al par, lengua escrita, y se asemeja, más o menos, a la usual en otras regiones limítrofes, como que son ramas de un mismo tronco secular. Y así, mientras el corazón, que propende a ser micrófilo, y no macrófilo, suele mirar con desvío todo el territorio que cae fuera de los sobredichos límites, el entendimiento, el sano y desapasionado entendimiento, disputa por patria lo que abarcan más amplios horizontes, con superior unidad geográfica, histórica y lingüística, ya que en esta última caben hablas que son diferentes, sí, pero que pueden y aun deben ufanarse de su propincuo parentesco, porque conservan lo que llamamos *el aire de familia*. Para el entendimiento, patria es, en primer lugar, como dice nuestro vigente Diccionario español, “nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que cautivan la amorosa adhesión de los patriotas”.

Con todo esto, quien nació en región o comarca que tiene por familiar y común una lengua que no es la más extendida y general de sus hermanas y connaturales, procede muy cuerdamente cuando la emplea en recoger y perpetuar las leyendas populares de su terruño, en cantar los sentimientos de su alma, ya que, dicho en frase de Menéndez y Pelayo, “nadie puede alcanzar la verdadera poesía más que en su propia lengua”, o en relatar y enaltecer las gloriosas gestas de la que con acierto y cariño llamamos *patria chica*. Atrévase a más todavía, si bríos tiene y caudal bastante halla en su lengua nativa para acometer con esperanza de triunfo tamaña empresa: esfuércese por trasladar al regional idioma las obras más famosas de la cultura antigua y moderna; que todo ello será harto plausible y a nadie parecerá sino muy valiente y generoso lo atrevido del intento. Bien hayan, pues, entre muchos otros, en lo que toca a Cataluña, bien hayan por lo que hicieron y porque abrieron camino para hacer más, un Aguiló y Fuster, un Rubió y Ors y un Milá y Fontanals, a quienes muy principalmente se debió el renacimiento moderno de aquella cultura, y bien, porque no es para omitido, un genialísimo Verdaguer, nuestro segundo épico peninsular; bien hayan asimis-

mo, por ejemplo, en cuanto a Galicia, una Rosalía Castro, un Eduardo Pondal y un Curros Enríquez; y hago caso omiso de los escritores gloriosos de otras regiones españolas, que en todas las ha habido; por no recargar de nombres propios este conato de discurso. Escribir las cosas íntimas y familiares en la lengua que se mamó con la leche, como expresivamente decían nuestros abuelos, es virtuosa práctica, hija de un patriotismo tanto más simpático y digno de loa cuanto menos copioso sea el número de los que usan y entienden esa lengua, pues, bien mirado, ¿quién no tendrá por noble y magnánimo el prurito de expresarse en ella, condenándose estoicamente a ser leído por pocos y haciendo perder al libro en difusión y popularidad cuanto gana el autor en satisfacción íntima de romántico amator de su tierra?

Ahora bien, con ojear la bibliografía del señor Rubió y Lluch y con parar mientes en que del medio centenar de obras que ha publicado hasta hoy no fueron escritas en catalán sino las veintidós más estrechamente relacionadas con Cataluña, cualquiera echará de ver que este ilustre escritor, notable artista de la palabra y aún más notable obrero y propagador del pensamiento, sin dejar de amar a su región como quien más haya podido amarla, aunque nunca lo ostentase tan ruidosamente como otros, atesora un espíritu lo bastante generoso y abierto para no hallar antagonismos irreconciliables entre la tierra de sus mayores, donde está erigido el altar de su veneración más cordial y profunda, y la patria peninsular, que cobija y ampara bajo un pabellón común a todos los españoles. Y trasterminando aún más allá de estos límites, el cultísimo y viril entendimiento de Rubió amplía y ensancha los linderos de su patria espiritual, bien cuando busca en Grecia, en la gloriosa cuna del arte pagano, deleitable satisfacción a los vivos anhelos de un alma como la suya, fina amadora de cuanto es dechado de la belleza o resplandor de su clara lumbre, o bien cuando comunica al través del Atlántico con sus amigos y colegas residentes en aquel nuevo mundo que España, con general asombro y envidia de las otras naciones, descubrió y ganó para la redentora bandera de Cristo y para la civilización universal.

Y no podía menos de ser muy amplio el horizonte patriótico de Rubió y Lluch; porque varones tan alentados como él no son aves de la escasa envergadura que basta para volar desde el estrecho mechina de la torre aldeana hasta los surcos que abre la yunta del sembrador en las tierras del primer ruedo concejil; muy al contrario, sin dejar de amar con filial corazón catalán todo lo vernáculo, porque para los hijos de Cataluña, como para los de cualquiera otra región, "no hay pedacito de cielo como el de su tierra", tienen poderosas alas aquilinas para ensanchar los linderos patrios, y hasta para llegar a aquel cosmopolitismo trascendental que proclamaba por patria, en el libro primero de sus *Fastos*, el

gran vate de Sulmona: "Toda la tierra es patria para el hombre fuerte y animoso, como lo es para los peces toda el agua y todo el aire para las aves."

Porque Rubió es varón magnánimo, o, dicho en frase más popular, muy abierto de espíritu, se le quiere a la vez que se le admira allí donde él va o donde son leídas y estudiadas sus obras; ha merecido importantes visitas de homenaje, verbigracia, una afectuosísima de Rubén Darío; y como su fama ha largo tiempo que salió a volar fuera del reducido ámbito de nuestra nación, muchos doctos extranjeros se honran con su trato epistolar y le consultan sus dudas, y no pocos centros importantes de cultura le llaman a su seno, deseosos de contar con su colaboración y con su amistad, ya que en Rubió, aun antes que el sabio, agrada el hombre, siempre afable y sencillo. Así, la Universidad de Hamburgo le nombró doctor *honoris causa* en 1921, y en 1929 la de Tolosa, y es correspondiente de la Academia de Gotinga y de otras varias instituciones científicas y literarias de Europa y América. Mas, por lo que hace a nuestro país, ¿ha pagado la nación española, ha pagado, especialmente, la región catalana, lo mucho que deben al sazonado saber y al perseverante y fructífero trabajo de Rubió y Lluç? *Docti dicant*. Yo no me atrevo a responder a esta delicada pregunta; pero sí digo, en nombre de la Real Academia Española, cuya voz llevo en la tarde de hoy, que si más pudiera hacer de lo que ha hecho para honrar a Rubió, más haría, porque le tiene en el merecido concepto de obrero expertísimo e infatigable de la cultura nacional.

Él fué uno de los predilectos discípulos de Milá, y no ha olvidado aquellas palabras que su maestro y catedrático antecesor tiene en el notable discurso que leyó en la Universidad de Barcelona, hace cuarenta y nueve años, con motivo del centenario de Calderón de la Barca: "La lengua castellana—decía Milá con amor no exento de alguna amargura—ha sido para nosotros la de un hermano que se ha sentado en nuestro hogar y con cuyos ensueños hemos mezclado los nuestros. Es verdad que uno de los hermanos no ha hecho siempre oficios de padre y que otro no se precia de muy sufrido; pero el vínculo existe y es insoluble." En esta persuasión, siempre Rubió y Lluç ha sabido proceder con la exquisita cordura propia de su talento; y si mucho le deben la historia y la literatura catalanas, con las cuales se ha comportado como dignísimo sucesor de su padre, consagrándoles la parte mejor de sus desvelos, hasta el punto de casi perder la vista en el prolijo y penoso rastrear por bibliotecas y archivos, para sacar de las tenebrosas canteras de papel y pergamino a la clara luz del sol ignorados y valiosos timbres de las glorias ganadas por Cataluña en Grecia y en el palenque de la cultura medieval, mucho también deben a este privilegiado entendimiento, siem-



pre equilibrado y comprensivo, las buenas letras castellanas. Así, pues, a Rubió y Lluch podemos aplicar justamente lo que dijo ha diez años don Cosme Parpal en su discurso acerca de Rubió y Ors, su padre y maestro: que la catalanidad de este varón eminente y de Milá y Fontanals, su ilustre colega, “jamás se basó en bastardas pasiones... Quien lea sus obras—añadía—, quien escudriñe sus intenciones, las verá puras, dentro de un apasionado romanticismo para la reivindicación de la lengua del Oriente de España, sin dejar por esto de rendir culto a las otras lenguas hermanas, ni de reconocer los altos valimientos y los timbres de gloria de la lengua de Castilla, a cuyo esplendor contribuyeron; de suerte que si son patriarcas de las letras catalanas, tienen también un puesto de honor en las castellanas”.

Las afirmaciones que acabo de copiar, leídas en solemne sesión pública de la Universidad de Barcelona, famoso plantel de enseñanza en el cual Rubió y Lluch ha honrado por espacio de más de ocho lustros la cátedra de Literatura General y Española, que ahora llamamos de Lengua y Literatura Españolas, son de todo en todo aplicables, como insinué, al doctísimo historiador y literato que hoy, en cierto modo, dando lectura en nuestra sala de actos al magnífico discurso que hemos escuchado y aplaudido, paga hidalgamente aquella memorable visita que nuestro españolísimo compañero y maestro Menéndez y Pelayo hizo a Barcelona para elogiar, ante el claustro de aquella Universidad literaria y ante el selecto y numeroso concurso allí congregado, la buena memoria de Milá y Fontanals. Existe, en efecto, entre Cataluña y Castilla—decía—el indisoluble vínculo a que se refirió Milá; “existe, y no sólo en literatura, sino en todos los órdenes de la vida, sin mengua de la personalidad de cada uno; porque no en vano hemos atravesado juntos cuatro siglos de glorias y reveses, de triunfos y desventuras, y hasta de mutuos agravios y de mutuos desaciertos, y no en vano nos puso Dios sobre las mismas rocas y nos dió a partir los mismos ríos...”

Para decir esto, y otras muchas cosas tan bien dichas como patrióticamente pensadas, fué a Barcelona en 1908 nuestro inolvidable Menéndez y Pelayo; y el señor Rubió y Lluch, su grande amigo y condiscípulo, de cuyas obras, como de las de Milá y Fontanals, “pueden sacarse grandes enseñanzas de amor y estimación mutua”, corresponde ahora gentilmente a la visita de antaño, tomando en consideración que nuestro acuerdo unánime le ha llamado con alborozo a representar la gloriosa lengua de sus mayores y a trabajar por ella y por el esplendor de sus timbres en el seno de la Real Academia Española, en la cual le reciben hoy con efusión vivísima estos entendimientos que le admiran y estos corazones que le quieren.

